

JOAQUIN GARAY REYES

MOTIVOS



1934

RANGÜIN

MOTIVOS RANGAGÜINOS

PROPIEDAD DEL AUTOR

JOAQUIN GARAY REYES

35648

MOTIVOS RANCAGÜINOS



IMPRENTA DE "LA SEMANA"

CASILLA 45 - TELÉFONO 103

RANCAGUA (CHILE)

1934



PROEMIO

Entre las colaboraciones que bondadosamente me ha acogido la prensa local durante algunos años, bauticé unas pocas con el nombre de MOTIVOS RANCAGÜINOS, todas relacionadas con la ciudad.

He creído oportuno últimamente pulir algo y recopilar en un folleto tales pequeños trabajos, a los cuales he agregado varios otros.

Al escribirlos antes, no me animaba ninguna intención posterior, ni pensaba siquiera reunirlos después; de ese modo fueron artículos escritos a la lijera, apresuradamente, para perderse en el cúmulo de informaciones, de avisos y artículos que por millones todos los días se publican; sin gran cuidado, lo mismo que si hubiera estado redactando una mala crónica para el periódico que aceptaba mis modestas producciones

He desarrollado mis MOTIVOS sobre temas o asuntos del momento, tal como se han presentado, como quien toma una fotografía, copiando en el papel la impresión del día que han reflejado ciertos detalles característicos de la vida material rancagüina, sin indagar el antes o presagiar el después.

Por supuesto, habrá muchos otros temas para escribir sobre ellos, y, aún, sobre estos mismos bosquejos recopilados habrá mucho más que decir: que otros con mayor capacidad se encarguen de esa tarea y lo hagan mejor.

Jamás he pretendido que estos artículos sean perfectos o pequeñas obras de arte, hermosas y dignas de llegar a las páginas de un libro para darse a conocer más allá de los límites urbanos; nada de eso. Y temo que su lectura puede ser un poco pesada, ya que sus temas no tienen argumento cada uno en sí mismo ni todos en conjunto, como las novelas, cuentos u otras obras literarias.

Solo me he atrevido a reunirlos, aumentarlos y publicarlos por cierto cariño que les tengo, lo mismo que un padre quiere a sus hijos por feos y defectuosos que ellos sean. Esta es la principal causa que me ha impulsado a presentar al público esta obrita inspirada en motivos de mi tierra natal.

J. G. R.



El Escudo de la Ciudad

En honor y memoria del heroico hecho de armas del primero y dos de Octubre, le confirió el Director Supremo don Bernardo O'Higgins, por decreto del 27 de Mayo de 1818 el título de Ciudad, con el dictado Muy Leal y Nacional, y a su municipalidad de Muy Ilustre Cabildo, señalándole su escudo de armas por el mismo Decreto, en la forma siguiente:

Sus armas serán un escudo volado en dos ramas de laurel y en su centro un fénix renaciente de sus cenizas

El Mo nu men to



Lo mismo que un vapor informe y nubloso, mitad oscuro y mitad blanquico, se destaca desde lejos la estatua ecuestre del Héroe. Su figura, diluída por la distancia, repártese tenue por las cuatro calles que hacen estirarse y suspirar a la plaza; aletea, atrae la vista, dá una sensación de frescura y convida a quien llega por primera vez a esta tierra.

Pero, poco a poco, a medida que nos acercamos al pa-

seo, la visión se vá desvaneciendo, las líneas se ponen de acuerdo para formar un conjunto único, regular, y sus contornos se van haciendo escultóricos y demarcan detalles que borran paulatinamente la inicial impresión para presentar después, al estar cerca, un hermoso monumento que representa al gran patriota en el acto culminante del Sitio de Rancagua.

La majestuosidad del impetuoso ademán ahí enfocado, la suprema idea creadora que inspiró al autor y el tamaño mismo del monumento parecen indicar que la plaza se hace pequeña para contener semejante obra y que sólo merece albergarla porque en su seno se desarrolló la acción evocadora que se perpetúa en ese bronce como una lección indeleble para que se grabe en el alma de todas las generaciones que escalonadamente van luciendo sus aptitudes y actitudes de batallas por el escenario de la vida que pasa.

Esa estrechez material que le rodea, igual que si un viejo marco, reducido y sin color encerrara una valiosa obra de arte, quita méritos a su visualidad desde cierta distancia y su perspectiva de impetuosos rasgos adquiriría relieves de grandiosidad si estuviera colocado, por ejemplo, en la invitación que tiende, amplia y sonriente, la lengua de una avenida o el hall dilatado de un parque.

Hurgando con ojos, intenciones y anhelos novedosos de un turista y de un recién llegado, por entre la aridez de que esta pintarrajeada esta población en general; auscultando curiosamente para encontrar las bellezas estilizadas y detalles de ornamentación acreedores al recuerdo que ofrecen las ciudades en su aspecto material, no es fácil hallar aquí otro motivo estético, otra nota que afinada resuene como ella, nada más que discipline la sensibilidad artística de las multitudes dignamente.

Flor en medio de un potrero, tono que dulcifica la mediocridad ambiente, luz que reverbera e irradia llo-

viznas envueltas en alas de ilusión, nos redime algo de esa impresión desagradable que esta ciudad dá al viajero.

No cabe duda que el monumento es motivo de orgullo para Rancagua y quizás si un adorno un tanto derrochador y supérfluo si lo comparamos con el vestuario general de la ciudad. Y sus hijos, ya legítimos o adoptivos, con cuánta satisfacción y con cuánto placer desdeñoso no miramos, al pasar por la plaza, a uno o varios extraños que con aspecto y trajes de huasos, de turistas o de extranjeros, observan y admiran, muchos con la boca abierta, la estatua de O'Higgins, ya sea en su gesto ecuestre que fiero se abre paso por encima de las ruinas con su brioso caballo, sin respetar al godo que se tiende en la actitud dolorosa e impotente del vencido en combate cuerpo a cuerpo, ya sea en los bajo-relieves que hay en la albura del pedestal y que recuerdan otras tantas valentías del patriota y del Héroe.



LA CASA DE LA PLASTRA DE PIEDRA

Esta casa, que se encuentra en la plaza de Armas, es un edificio de gran importancia. Fue construido en el siglo XVIII y es un ejemplo de la arquitectura colonial chilena. Su fachada principal está decorada con elementos barrocos, como columnas y frontones. El edificio ha sido restaurado recientemente y ahora alberga un museo que muestra la historia de la ciudad y la región. Es un lugar muy interesante para visitar y aprender sobre el patrimonio cultural de Rancagua.



LA CASA DE LA PILASTRA DE PIEDRA

Hay que llamarla así, ya que la tradición no nos ha legado un nombre sugestivo que sirva para simbolizar en la cadena del tiempo. Esa piedra cilíndrica, que parece labrada con cinceles inspirados en eternidad por un artista anónimo y modesto, esa piedra que le sirve de pilastra en la esquina, tan firme como pedestal de alguna obra maestra, tiene que ser su divisa para que podamos nombrarla los que vagabundeamos en esta época

por la tierra y para que puedan nombrarla también los futuros habitantes de esta aldea grande.

Su fachada severa, sobria, algo majestuosa comparándola con la vecindad, se yergue en calle Estado esquina de Ibieta. Todos la miramos por fuera; es nuestra conocida y la saludamos apenas, sin intimidar con ella por que al verla creemos que es difícil para dar confianza. La arquitectura que dibuja es diáfana, de sencillo estilo colonial, y a pesar de las transformaciones exteriores que ha sufrido, como cambio de puertas y ventanas que tienen la degeneración de un corte moderno, trae de la antigüedad un leve perfume que subyuga, entre cuyas volutas invisibles vienen envueltos episodios históricos o costumbres ya idas que imaginamos. El color que tiene hace resaltar más su majestad de matrona antigua, pero un tanto reconcentrada, silenciosa, que nada cuenta a esta terrible época de dinamismos y evoluciones revolucionarias. Ninguna cosa nos dice de intimidades de otros años, ya familiares o de importancia para la historia anecdótica de la ciudad o de valor general para la historia patria. Inmutable lo mismo que pirámide egipcia, permanece calladamente retraída, y se nos figura que está así siempre en oración y que guarda sus viejos secretos para llevárselos cuando desaparezca y la borren en las sombras de la nada, con el objeto de dar paso a construcciones que respondan mejor a las exigencias de la epiléptica y espasmódica vida actual.

*
* *

No fué ni es un edificio común, de esos que se pierden en medio del sinnúmero de casas agazapadas, iguales, lechosas, anónimas, fabricadas con un solo molde de albanilería, sin ese algo y ese soplo que sepa diferenciarla a

una de otra. Es un edificio que tiene personalidad propia y que ha sabido hacerla perdurar después de tanto tiempo y responde su firmeza para llamar aun la atención después de más de cien años de existencia, soportando el peso de la edad con la sonrisa más displicente que ha aprendido a los tiempos modernos. No nació con el sello de esas construcciones que viven y desaparecen o que viven solo sin dejar rastro alguno que dignifique a su siglo, como fueron todas las casas que han caído o que vergonzantes subsisten en gran abundancia en Rancagua. Salió de la vulgaridad ambiente y en pleno siglo de novedades chillonas y de ensayos, ella delinea su sobrio frontis y sobresale y se distingue todavía como una novedad, pues parece que se adelantó un poco a su época y al progreso arquitectónico que siempre se hace esperar en esta población.



La Casa de la Pilastra de Piedra, en vista de la amplitud en todos los detalles, debió seguramente ser construída para desarrollar un elevado fin colectivo dentro de su interior, talvéz fué una casa de encomiendas, una posada elegante o una especie de Club Social donde se reunían los hombres prominentes y los hombres sociables a deliberar y conversar de asuntos baladíes o a comentar las noticias que llegaban de Santiago, sobre lo que se sabía allí de las novedades acaecidas en España y sobre los acontecimientos pre-revolucionarios de 1810 y los que siguieron a esa fecha hasta dejar cimentada la paz de la República.

Que se la edificó para algo que saliera de la vulgaridad de entonces lo explican su estilo solariego de aleros pronunciados y sobresalientes, sostenidos por vigas labradas

que miran a las calles; su amplia fachada; las espaciosas salas del piso alto y las laterales del piso bajo, enladrilladas y con cielo de embarrado entre las vigas, en forma de estuco; el gran portalón o zaguan que daba a la calle Estado, tan ancho como para permitir el paso de carretas o de otros vehículos parecidos, hoy dividido por la mitad en dos pasadizos para dejar entrada a las dos casas en que se dividió la antigua que daba a la esquina de Ibieta; sus pequeños balcones; sus patios empedrados, más chicos ahora; sus altas murallas, gruesas, firmes, espesas, fuertes como una montaña, para resistir a las embestidas de los años y de los cataclismos; y, en general, la concepción misma de la construcción, en todos sus detalles, muestra que se la dedicó a un objeto de obra colectiva. O si no tuvo ese carácter, con seguridad se la levantó para que sirviera de morada a una o unas pocas familias de rancio abolengo local o adineradas, (una especie de casa residencial aristocrática de ahora), donde sus pobladores reunían a la vez que cierta fastuosidad provinciana, el brillo de una buena educación y el fulgor del gusto artístico y de la comodidad.

Sea lo uno o lo otro, queda enclavado el hecho de que se la quiso hacer monumental para aquellos tiempos de atraso y con vergüenza decimos que aun para el presente es algo monumental...

Nuestra misión de cronistas ligeros impide que hurguemos un poco el origen e historia de esta vieja casa. Que otros busquen datos en documentos o en los ecos coloridos de la tradición oral y que son livianas y agradables fuentes de información,

* * *

Sus poseedores y pobladores actuales, se nos figura que se han contagiado con el espíritu arcaico de que está em-

balsamada y al contemplar en un agradable atardecer a las señoras y niñas en sus silenciosas salas o en sus patios que crujen con oquedad al pisar sus piedras, no sabemos por qué pensamos en una aparición o que hemos dado un enorme paso al pretérito y nos encontramos en plena Colonia, tan atrayente por su tranquilidad hoy desconocida. Tanto el edificio como los que ocupan forman un trazo de elegante antigüedad que se incrusta en medio de la población que se agita electrizada por un barniz, apenas, de movimiento cultural y material

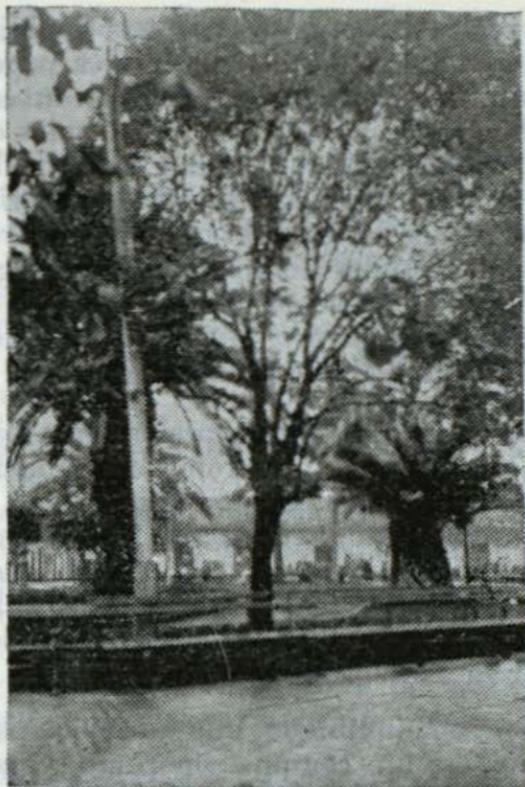
*
* *

Es un recuerdo, casi un monumento, empapado en el néctar oloroso a oraciones, a incienso, a zahumerios y a emociones de antaño, que valientemente alza su estructura, como para desafiar a los lustros y como para desafiar al mismo tiempo a las nuevas construcciones que se han ido levantando después de ella en el vecindario, sin poder igualarla ni menos superarla.

Un orgullo para nosotros sería si se conservara toda como fué primitivamente, con su sabor antiguo íntegro, si no hubiera sufrido el agregado de puertas y ventanas y la división de sus patios y salas. Y, en la actualidad, lo genuinamente original está en la esquina de Ibieta, donde la pilastra, fuerte y firme, que se abanica con sus modestas puertas claveteadas, es como un gigante que soporta todo el peso de las murallas. De todas maneras, el conjunto es una reliquia y debiera mirársele como tal para evitar nuevas transformaciones.

Del Rancagua viejo, feo y vetusto que aun subsiste en todas las calles, este edificio es lo único digno y decente heredado de la Colonia, lo único presentable.

Desde lejos se destaca su clara majestad de dama antigua, sólida, voluminosa, y trae evocaciones que perfuman al espíritu con cierto goce emocional que se quedó enredado entre las telarañas de sus techumbres...



Escaño de los enamorados

Bajo el árbol de hojas perennes de color oro y esmeralda y allá en la esquina más tranquila de la Plaza de los Héroes, tiende con gracia suave su acojedora y tentadora horizontalidad, como falda tibia de madre cariñosa, como trono que abre sus pétalos e invita para que se escancien las emociones contenidas en las almas.

Con los arreglos de ese paseo y el recorte de los rama-
jes, inspirado en una poda medio científica y medio cam-
pechana, han transformado ese punto en un escenario
un tanto público y accesible a las curiosidades de los ex-
traños; han levantado los cortinajes y quitado algo de ese
sortilegio de rinconcito único y un poco solitario donde
los enamorados hallaron el lugar propicio para recitar los
versos de esas inmortales composiciones dialogadas del
amor y para vivir, siquiera por minutos, en el reino de
sus quimeras encadenado con juramentos y coloreado a
veces con la tintura del vino de la pasión...

Así, silenciosos, estos escaños y preludiando a jóvenes y
niñas azules lontananzas, formaron un conocido punto
de cita de las parejas en cuanto el crepúsculo asomaba
su traje de encapuchado y en cuanto la noche descolga-
ba sobre el mundo la nostalgia y el luto de sus crespo-
nes. Para mucha gente, en ciertos momentos, la escena
que ahí se traslucía era el único atractivo que le encon-
traban a la plaza...

El débil y escaso alumbrado, que no dejaba pasar el fil-
tro del raje, era un cómplice oportuno y contribuía
mejor a mantener aislados del mundo y de la realidad a
los amantes. Ni siquiera los ha atemorizado la cercanía
del poder civil y del poder religioso que han tenido al
frente, quizá sí para tenerles menos miedo y menos res-
peto cuando llegasen a formalizarse sus promesas matri-
moniales...

Las otras bancas del paseo no han tenido jamás estí-
mulo de atracción para ser ocupadas por las parejas, no
han tenido esa mano fraternal que invita a esconderse
bajo sus alas invisibles, esa embrujada cordialidad sin
palabras y sin ademanes que lleva a sentir de cerca su
contacto. O bien es la fama o bien un poder innato ate-

sonán para que sean las de esa esquiua las preferidas para que vayan los pololos a entonar en silencio los acordes de sus dúos.

¡Qué secretos no conocen! ¡De cuántas cosas no se han dado cuenta y se las guardan en el sarcófago de su mudéz para que se las lleve el misterio a su insondable noche! ¡De cuántos juramentos, de promesas de felicidad, de angustias femeninas que se vislumbran, no han sido testigos por tener el buen corazón de proporcionar un nido a dos seres que creen que se aman eternamente y verdaderamente!...

Auscultándolos un poco, confesándolos con argucia de detective, se leen en los largos maderos de esos escaños innumerables trozos de poemas inconclusos que nadie podrá descifrar, hojas de novelitas triviales que tienen fin trágico o desgarrador para la sensibilidad femenina, estrofas de ritmo y rima perfectos, en cuanto empiezan, pero que al terminar a veces las inunda una vulgaridad pésima y el puerco reemplaza al poeta inicial... No todos, por suerte, pueden saborear esos escritos ininteligibles.

Si supieran hablar... ¡cuántas cosas dirían y cuántos temas se pescarían con el fin de renovar y variar la chismografía lugareña!

Hoy están muy escuetos. Han perdido mucho del olor de rincóncito íntimo y acojedor y sus cerraduras y el alumbrado divulgan las eróticas escenas y llevan hasta lejos las tiernas actitudes que solo se comprenden entre dos personas. Levantaron los cortinajes, el telón de fondo se hizo de vidrio y los actores, poco dispuestos a recibir los aplausos o los silbidos del público profano, buscan ahora sitios más propicios para dialogar sentimentalmente.

Pero no han perdido del todo su prestigio. Se encor-

van horizontales siempre, acojedores, invitan a los amantes a descansar en ellos para que les comuniquen el temblor de gozo de sus esperanzas, para que sigan confesándose o mintiendo, para que sigan aprendiendo el alfabeto de sus inquietudes espirituales o sensuales y para que continúen condimentando el guiso de la creación. El techo es el mismo: láminas de color oro y esmeralda, perennes. Pueden siempre resbalarse, desgajándose, la pedrerías de ilusiones que el erotismo tiene en todo momento a flor y puede seguir rebalsándose el brindis dulzón del banquete de los enamorados.



EL PALACIO CONSISTORIAL

Por suerte se conservan en pié sólo las piezas exteriores y que sirven de asiento al Gobierno local, trono de la administración de la comuna.

Muestra nada más que su facha de dos pisos, apergamínada, y sabe ocultar su interior con ademanes muy femeniles. Y es su interior lo que vale la pena, como recuerdo; en esas ruinas hay innumerables historias de dolor escritas, hoy casi deformadas por el empastelamiento producido por los años; pero, a pesar de esta deformación que les quita algunas hojas y las revuelve unas con otras, tales historias subsisten aún, amontona-

das y esperando a alguien que sea su fiel ordenador y recopilador. Ese hacinamiento de escombros, de vejestorios y de tierras posee el don de atesorar en sus partículas intimidades ricas en tonos de sufrimientos; ellos saben de lágrimas, de dolores, de injusticias y sublevaciones en gérmen de los presidiarios que purgaban en esos cuartuchos sus deslices y debilidades muy humanas; y saben también de las penas y sufrimientos de las madres, esposas y hermanas de los encerrados entre sus fibras. En esas ruinas, talvez abonadas por aquellas lágrimas, crece ahora la yerba silvestre y se adornan con cortinajes de telarañas que nacen por doquiera.

Un Club deportivo, el Rancagua, últimamente ha conseguido una parte de ese sitio para establecer una Cancha de Basket-Ball; costóle gran trabajo limpiarlo, sacar tierras y escombros rezongones para dejar ese espacio, tan central y tan útil, apto siquiera para practicar un sport noble que beneficia a la raza en general. Y como una coincidencia paradójica, donde antes estaba la Cárcel para que pagaran sus faltas los hechores, ahora funciona y trabaja una institución que enaltece a la juventud y que la aparta de los peligros que llevan a caer en manos de la justicia de los hombres.

Solamente tendría explicación la supervivencia externa e interna de este local, si fuera una venerable casa que, aunque vieja, ostentara maravillas del arte antiguo y diera de algún modo un colorido especial a ese rincón o si fuera un signo revelador del alma progresista de Rancagua. Así podríamos convencer a cualquiera que un tradicionalismo provinciano y respetable nos obliga a conservarlo tal como está; sería una característica de nuestra idiosincrasia muy digna de enorgullecernos.

No tendríamos nada que envidiar los casos de otros

países con civilización milenaria, pero a la vez apropiada para los tiempos modernos, donde les anima el gusto de cuidar con envolturas de raso las reliquias del pasado que encarnan la tradición o la historia de una ciudad o de un país; allá cada región ostenta con orgullo un edificio, un castillo feudal, una iglesia u otro sitio de origen antiguo, tapizados de recuerdos y guardados con el esmero que se usa para las cosas más queridas; en todo sentido se les venera porque son el resumen del espíritu de la raza, porque atraen al turista o porque son paisajes perdurables en que han influido para su belleza todas las ramas del arte, vinculando al presente y al pasado con una ligazón sabrosa.

En el caso que comentamos no sucede lo mismo. Tenemos un edificio parejo, sin estilo elegante o amable de arquitectura que dé una acogedora y agradable impresión. Su aspecto es liso y frío como el de una momia. No expande recuerdos saturados de olores coloniales ni su presencia deja en las mentes un rastro que invoque ensañaciones. No representa ni resume una tradición histórica, ni es tampoco de gran utilidad práctica para sus poseedores. ¿Por qué se le tiene entonces?

Hace más o menos unos diez años, se explayaron ideas para renovarlo; se pidieron propuestas y algunos arquitectos, entusiasmados, presentaron planos, y dibujos en que bosquejaban un teatro, un pasaje, locales para arriendo y salones y oficinas para el Municipio; hasta hubo una exposición de esos proyectos en la sala de sesiones.

Todo no pasó más allá de los buenos propósitos. Sigue así perdurando como fatigosa siempre-viva ese viejo armatoste. Desempeña el papel de esas artistas pasadas de

moda que continúan actuando en los tablados, creyendo que lo hacen tan bien como en su juventud, y ofrecen sonrisas y hacen piruetas que desentonan ante un público que sólo las tolera por prudencia y por paciencia ...

¿Quién se atreverá a ser el victimario?...



La Acequia Grande

Sin importarle en absoluto el adelanto urbano ni el desarrollo extensivo de la ciudad en todas sus direcciones, abre su zanja, como enorme y tembloroso surco, en el límite oriente. Tendida horizontal y recta, con la placi-

dez musulmana y despreocupada de una mujer de harem, no le importa el ir y venir de los pobladores y de los transeuntes desconocidos que a cada instante se renuevan con el deseo y el afán de dorar sus bolsillos en el áureo vellocino de esta California en miniatura.

Se recuesta en actitud sensual para ofrecer su regazo a las aguas que le entonan de día y de noche el monorrimo de sus seguidillas interminables y las cuerdas de tales liras acarician su cauce con voluptuosidad pasajera. Esas regalías de roces y de música la tienen arrobada y por lo tanto no siente el escozor de la ambición humana que todo lo transforma.

Aunque no se vislumbra a primera vista, encierra ganancia llana y sencilla este Canal de la Población, llamado vulgarmente Acequia Grande; así lo conocimos cuando niños, así lo llamaron nuestros abuelos y así lo llama hoy casi toda la gente. Y aún el nombre de la avenida en que está se diluye en sus aguas.

* * *

Son aguas rojizas y turbulentas que bajaron de los cerros jugueteando y saltando; conocieron los misterios de las selvas y vienen cargadas de brisas y aromas montañosas y de cantos aprendidos a los pájaros silvestres y a los boscajes de los faldeos. Llegan a nuestra ciudad suavizándose antes un poco en las llanuras cercanas; todavía están rudas, cuprosas y arcillosas, porque acá y allá robaron millones de partículas que se pegaron a su encanto que se deslizaba por entre piedras, tierras, plantíos y peñascos. Supieron engañar y sus conquistas les sirven para ir esparciendo, por donde posan sus besos, el légamo fertilizante.

¡Qué bella y desinteresada actitud que pareciera guiada por un mandato del cielo!

Así, cargadas todavía con ese milagroso emulsionamiento que les hace mantener en suspensión a tanta partícula turbia, llegan a nuestras plantas y se aprisionan en el canal que les ofrece lecho. Corren ya haciendo ondulaciones más leves, quiebran a veces los rayos del sol y se cubren con un resplandeciente plumaje de iridiscentes destellos, destacándose mejor este juego cuando sienten la idea de una azuleja transparencia en sus cristales.

Felices, se dan el placer de levantar y recordar un poco el ruido heterogéneo que traen, en una de las avenidas más tranquilas y más atrasadas de Rancagua.

* * *

Unas partes de esa gruesa hebra líquida en movimiento sintieron hasta hace poco un parpadeo de aventuras al sufrir la fricción de los ladrillos y en actitud curiosa, con ademanes escrutadores y por hurguetear y conocer, como los chicos, los secretos, las diversiones y el trajín de la población que tentadora se desparramaba a su lado, decidieron separarse del conjunto y en chorros pequeños, movibles y nerviosos, se dividían y escurrían en la mitad de cada cuadra e iban a explorar el corazón de las manzanas de la ciudad, cortándolas y atravesándolas de un extremo a otro.

Ingenuas, pensaron hallar algo extraordinario que extasiase a sus mentalidades asperas que heredaron de las montañas. Pero esta curiosidad de su peregrinaje eterno sufrió un oprobioso castigo, parecido al que cayó sobre la

mujer de la historia bíblica, que fué convertida en estatua de sal...

* * *

La Acequia Grande es algo muy característico de esta localidad, un pedazo que le dá un marcado colorido de terruño chileno, de paisaje campestre pegado a nuestra sensibilidad latina. A la avenida que comparte con ella el recorrido le presta, en especial, un aire rústico que la iguala a esos trozos de campos en que, en larga extensión, se desafían en una carrera interminable, un camino polvoriento y una acequia bordada en las orillas y aromada con zarzamoras, hinojos, yerba-buenas y otras plantas silvestres que crecen en primorosa armonía. Observando bien, parece eso mejor un pedazo de camino rural con acequia a un lado y poblado modesto al otro, que trajeron no se sabe de donde, y lo embocaron en nuestros suburbios urbanos.

* * *

Cuando aquí no se conocía el agua potable, seguramente ella sació la sed de nuestros antecesores y ha servido por varios lustros para regar huertos, arboledas y jardines y para refrescar a esta ciudad, desde que se fundó; fué el surtidor siempre alerta que no reclamaba honorarios ni consideraciones, pero que en algunos inviernos ofrecía sorpresas...

¿No se aprovecharon de ella también los españoles para producir el desastre del 2 de Octubre de 1814?

¡Cuántas rememoraciones de la niñez, de travesuras y de cimarras, no acuden a la mente de los rancagüinos al

verla en su misma posición de siempre, tendida con su placidez musulmana!

* * *

De noche, cuando la alborotada y grande aldea se duerme y esconde su cuerpo bajo el ala de la obscuridad y del sosiego, allí el temor y el silencio imponen sus reglas que tienen salpicaduras de lobregueces. Entonces es cuando imperan mejor las entonaciones de las seguidillas interminables de sus aguas, al ser besadas por las guías, ganchos y hojas vegetales, o por las piedras o ladrillos del canal.

Entonces también, como rara coincidencia, hace coro a tales canciones el canto de los sapos y ranas que hay en unos pozos cercanos; su cacarear estridente que parecen letanías, sobresalen y sus voces acallan la blandura lírica de las aguas que corren; y en esos momentos, a menudo, sube también a enredarse en ese coro, en la atmósfera, el aletear de las oraciones y ruidos furtivos que se escapan de la Casa del Buen Pastor, buena y tranquila vecina de la acequia...

A oír este concierto extravagante, bajan a veces los rayos de las estrellas y de la luna, los que se quiebran en las aguas y esparcen sobre su superficie millares de escurridizas luciérnagas...





Los edificios son sociables

Puede ser una característica nuestra, o sucede también en otras partes, el hecho de que cuando se levanta una construcción en cualquiera calle, sea chalet, casa comercial o de residencia, a esta construcción sigue otra, por lo menos dos más, de modo que es fácil ver agruparse tres edificios modernos, ya porque son nuevos desde los cimientos o porque han sufrido la agradable tarea de las reparaciones.



En estos grupos se hacen más simpáticos los chalets, los que surgen de repente como los hongos, luciendo sus llamativos colores y las vistosas formas de sus planos ar-





quitectónicos inventados o copiados por los profesionales y por los constructores. Surgen de repente en un sitio que antes estaba eriazo o se humillaba mostrando vieji-





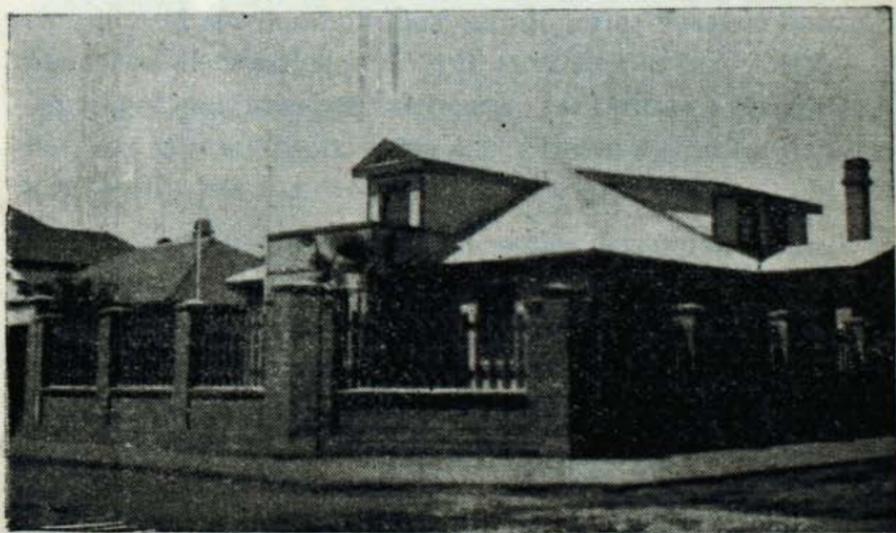
simas y feas habitaciones; modestos algunos en su aspecto y en su presentación para darse a conocer al público, fachendosos los otros y embuídos en estiramientos que les hace mirar en menos a las demás casas cercanas antiguas que carecen de atildados adornos exteriores, de rejas y jardines a la entrada.

Y como un chalet nuevo o una casa nueva o reparada no pueden estar solos y necesitan compañía y tener sociedad y amistad con otras construcciones a la altura de ellas, aunque no sean parecidas, aunque sean de otros dueños o se las edifique bajo otras concepciones artísticas, cuando aparece un edificio donde menos lo soñábamos, luego a su lado muestran su frente otros, airosos, vivos y alegres, como pollitos recién salidos del huevo.

Seguramente contribuya la envidia a que suceda lo que

dejamos anotado, pues si un sitio o un terreno ve que a lado suyo ha florecido y se asoma a tomar el sol, lo mismo que una maravilla, una casa nueva que todos los transeuntes la ojean, aunque sea para criticar, ese terreno también, para no ser menos, a los pocos días alumbrá una edificación que armoniza con la vecina, y luego aparecen más, igual que muchachas curiosas que salen corriendo a la puerta porque han sentido que en la calle suena una musiquilla...

Por supuesto no son palacios, ni son hermosas y dilatadas residencias los que así se levantan, como acontece en ciudades con gente más rica que ésta. Menos mal que debido a tal fenómeno el aspecto de Rancagua va cambiando paulatinamente, aunque sea a trechos....



Algunas vistas insertadas en estas páginas, que nuestro colaborador fotográfico Sr. B. Rubio M., tomó al azar, son más elocuentes que estas frases.



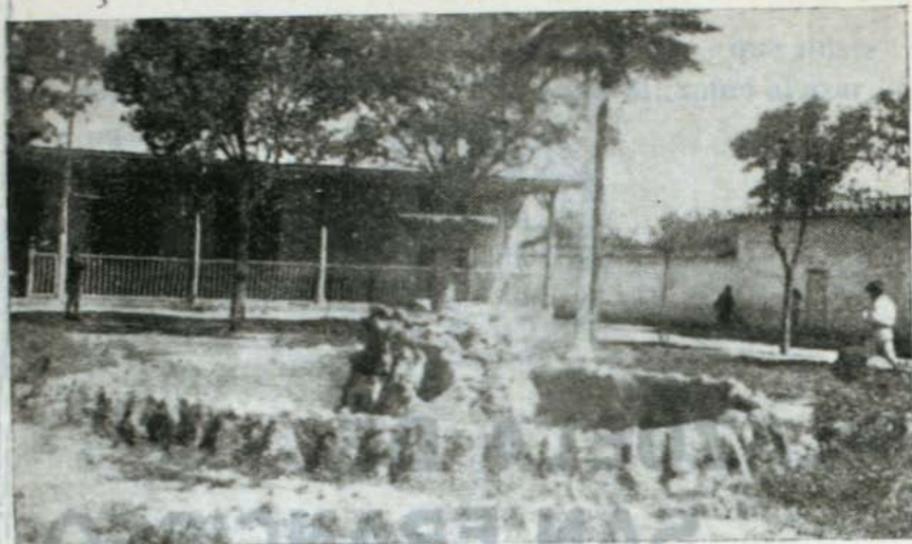


PLAZUELA DE SAN FRANCISCO

Tiene una pila, sin agua casi siempre, en el centro, que es como un cráter de volcán extinguido o como una boca que está eternamente bostezando; raras veces le lloran penachos de cristal líquido que deshacen la luz, y entonces se escapan ansiosas las perlas, cantarinas y risueñas; lían sus innumerables notas con rítmico apresuramiento y le tejen a ese lugar un velo de ensoñación.

Algunos arbustos se aburren entre descuidados jardinillos que viven como una evocación de viejos adornos y como recuerdos de gente amiga de los arreglos urbanos. Y en la orilla los pimientos ahorran durante el año sus esencias enervantes y cálidas para derramarlas en el barrio cuando sonrío la primavera.

La apetrujan y le ofrendan una vecindad desteñida:



La abetunada casa con corredor que sirve de oficinas al Instituto O'Higgins. Una que queda al frente, despojos transformados de la vieja iglesia de San Francisco, motivo por el cual la plazuela tomó este nombre, como también se llamaba así antiguamente a la calle Ibieta. La construcción situada al norte, nido vetusto de murciélagos y lechuzas y cubierto de hollín por el humo del tiempo, hasta hace poco; hoy ha recibido remozamientos que la hacen parecer una señora de edad, añeja y pintada cual si fuera una «vedette». Otras casas sin gran sabor arquitectónico y tampoco sin gran sabor del pasado la estrechan por los otros límites. Por último, la vigilan de día y de noche las líneas de ese edificio alto con pilastra de piedra en la esquina, de una amplia fachada de dos pisos y con unos pequeños balcones que la miran celosos constantemente.

En sus alrededores todo es vago y calmoso. Esas casas agrietadas y tristes por el barníz añejo de los lustros sombríos que ha vivido esta ciudad, mansamente se avienen a integrarle un rodeo de arcáicos tonos; al observarlas recuerdan otros tiempos y en la tranquilidad de sus corredores las tradiciones sueñan relatos embrujados.

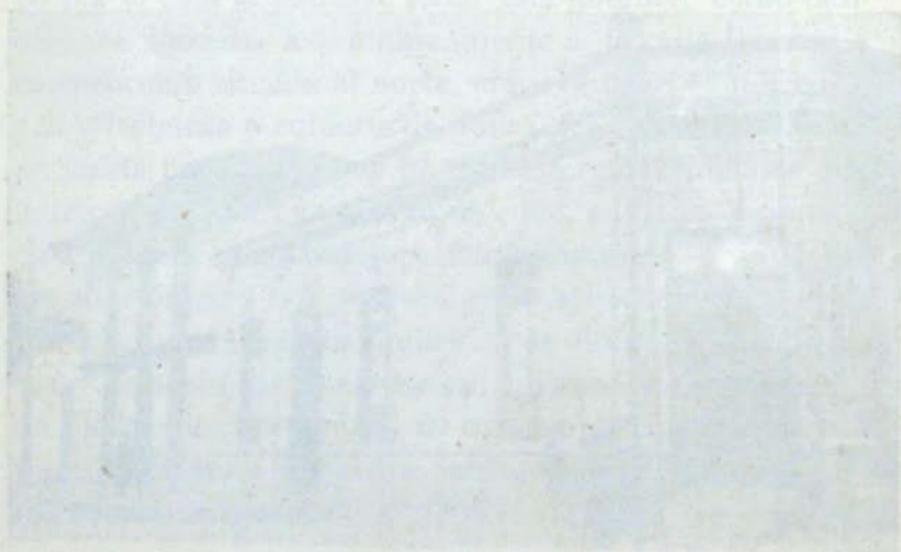
Plazuela solitaria, sin sombras ni recodos románticos, sin rincones que evoquen en las almas paladares de inquietud, sin noches con gentío que se alegra bullangueramente, sin escaños atentos que ofrezcan un regazo al vagabundo y a las parejas idílicas, o que parecen idílicas...

Se adormece insensible con su humilde pobreza y no escucha las vibraciones de los anhelos progresistas que conmueven y alarman a algunos de sus contornos, y ni



siquiera se aviva ni se hace más joven con el infantil vocerío que diariamente le brinda la eterna muchachada del Instituto.

Plazuela solitaria y romántica, ella, como ninguna otra, sabe enlazar con celajes sedefios nuestros afanes de hombres y nuestro fervor de adolescentes...



La Poesía del Alcantarillado

No todo ha de ser prosa en las zanjas que se abren para la construcción de las uniones domiciliarias. El apresuramiento de los dueños de propiedades y de los contratistas para terminar las obras dentro del plazo fatal, ha traído, entre el enorme fango de incomodidades, un soplo de poesía a las calles, eso sí que sólo prende su extraña insinuación y su muda estrofa en la lobreguez de las noches. Entonces se saborea su armonía que como rara flor sube desde la tierra para dar un poco de espiritualidad a los detalles grotescos.

En cada zanja que abre su boca trágica, igual que sepultura que espera víctimas, se levanta en la noche un farol que indica el peligro. Y como son muchos a lo largo de cada calle, asemejan un cortejo, una procesión de encapuchados que la obscuridad hace invisibles y que solo se dan a conocer por la luz de sangre que llevan y que el viento hace titilar como lejanas estrellas o palpar como dolientes corazones.

Ya que estos hoyos del alcantarillado no se han teñido, para darse algo de importancia, con el adorno llamativo y alharaquero de la extracción de osamentas humanas o de entierros con monedas de oro o del encuentro de caminos subterráneos, como en otras ciudades, que habrían traído luego el despertar de antiguas leyendas y se habrían prestado admirablemente para que las comadres urdieran cuentos fabulosos y los periodistas redactaran narraciones fantásticas, evocadoras de épocas y costumbres fenecidas, de nombres y fortunas de la tradición y de la vieja sociedad rancagüina; ya que nada de eso han vomitado a la superficie junto con la tierra y las piedras estas obras, siquiera engalanan a las calles de noche con esa caravana de farolillos cuyos sostenedores quedan invisibles, inmóviles y hundidos en el suelo en el éxtasis de sus oraciones.

Y en las altas horas de la noche, las almas de los indios, prehistóricos pobladores de este valle y de los cuales sus cenizas se han removido y lanzado desde la profundidad al beso del aire y de la luz, bajarán a conocer esas sus cenizas y a tomar parte en la procesión para hacerla fúnebre en los momentos en que la ciudad duerme en el reino del cansancio. Sin genuflexiones ni actitudes macabras, sostendrán las lámparas y, en el mismo vaho del amanecer hallarán el vilano en que han de volar a ocultarse en el misterioso escondite del Mas Allá...

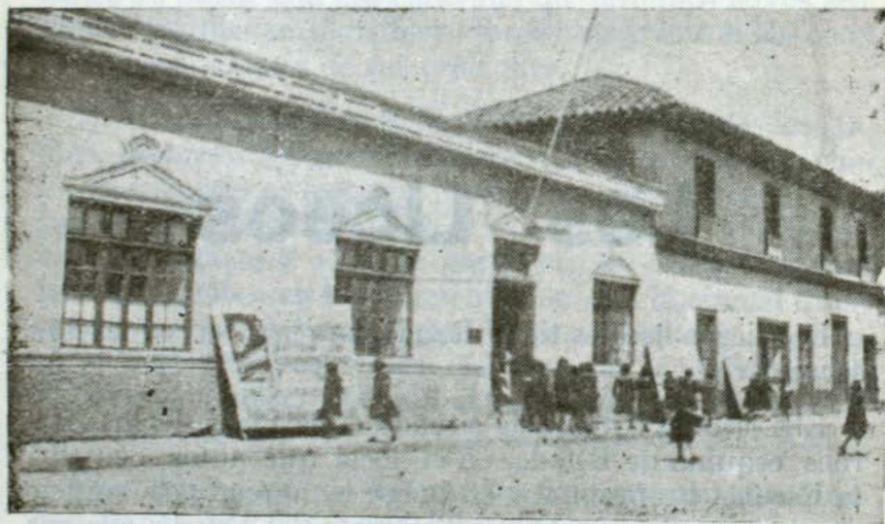
Es entonces cuando las zanjas, compasivamente, tienden faros alucinantes que sirven de guía para orientarse a los trasnochadores beodos. Y es entonces cuando mejor sugieren emociones descabelladas y musitan ojerosas esa poesía que se hace expresiva con las hileras de enormes amapolas que el cortejo florece sangrando...

Los Liceos

Dos liceos fiscales tiene Rancagua para su educación secundaria.

El Liceo de Niñas está situado en la Plaza de los Héroes esquina de Estado, en el local que antes ocupaba la Escuela Profesional y al que se le agregó el edificio donde antes funcionaba el Telégrafo del Estado; a la vez se le han hecho varios arreglos y modernizaciones hasta dejarlo más o menos en regulares condiciones pedagógicas que favorecen su labor educativa. En sus patios se plantaron hermosos jardines con rosas, claveles, pensamientos, orejas de osos y enredaderas, cuidados por las mismas alumnas que, parecidas a palomas con

sus delantales blancos, picotean las plantas aquí y allá sin tacto. Todos estos trabajos se han debido en gran parte y han sido dirigidos entusiastamente por su actual Directora, la señorita Elena Duvanchelle, que ya durante seis años está a la cabeza de este plantel de educación femenina con abnegación de maestra y con cariños de madre para todas las alumnas que recibe anualmente, renovándose ellas en cada matrícula igual que brotes de un árbol milenario y viril. Su apostolado ha producido benéficos frutos en la enseñanza de la mujer rancagüina y en su tarea la ha secundado un cuerpo de profesoras entusiasta y digno como ella.



En este año tiene el Liceo de Niñas cerca de quinientas alumnas, en los cursos preparatorios y de humanidades y el edificio se encuentra estrecho para contenerlas.

Antes ocupaba un local en la calle Gamero esquina de Almarza, en ese espacio adormilado que conoce poco el

bullir de las calles con movimiento mundanal y comercial. En ese sitio el Liceo vivía también escondido y reconcentrado, hasta se creía orgulloso y aristocrático y muy pocos en Rancagua sabían la existencia de un colegio de segunda enseñanza fiscal para niñas; sólo tenían noticias de él las alumnas, sus padres y las profesoras. Las jovencitas alegraron entonces a ese sector, porque sus gritos, sus risas y sus cantos se expandían en sus alrededores, inyectándole la gritería despreocupada que se escapa de las casas de familia con numerosos hijos. Desde aquel tiempo ese barrio se avivó y quedó sembrado de ilusiones...

Aprovechando que esas calles eran abandonadas y solas, mucho más que hoy día, los muchachos del Liceo que estaba a dos cuadras de distancia, después clases, se iban a runrunear como moscardones en las ventanas o esperaban en la esquina que salieran las educandas; algunos iban a ver a su polola, otros llegaban por hacer amistad y unos pocos por curiosear y olfatear, ya que veían que los compañeros más grandes y con más experiencia del mundo eran atraídos hasta ese lugar. Los guardianes a veces hacían desbandarse esos grupos de don Juanes en ensayo...

Ahora el Liceo se ha democratizado, se ha dado a conocer de la ciudad y ya no es, como anteriormente, un colegio en el cual creían encontrar cortapisas elegantes las niñas de las clases modestas.

Y a sus ventanales en forma de bastidores que dan a la plaza, llegan hoy día también las miradas insinuantes, los gestos y los pipos de otros moscardones nuevos que encuentran en los escaños del paseo un buen disfraz para disimular sus travesuras de niños-hombres. Quien sabe si estos merodeadores de escuelas son hijos de aque-

Los otros que daban vueltas por Gamero y Almarza y quiénes sabe si las liceanas de ahora son hijas de las inocentes y bellas criaturas de aquellos años...

El Liceo de Hombres tiene un espacioso edificio en la calle Germán Riesco. Es un edificio de regular edad, y aunque se le han hecho algunas reparaciones y agregados, no presta las dilatadas y necesarias comodidades que requieren los locales de enseñanza a fin de que desarrollen en todo sentido su misión cultural, no sólo en sus aulas, sino a la vez en el ambiente ciudadano en que están situados.



Lo dirige don Aníbal Hidalgo, entusiasta y trabajador pedagogo que ha seguido inteligentemente la huella de su antecesor, don Enrique Sepúlveda Campos; ambos han elevado a este establecimiento a la altura que hoy tiene, tanto por su prestigio como por la utilidad que

presta al desenvolvimiento educativo de Rancagua y de su región.

Cuenta actua'mente con una matrícula de 400 alumnos, entre enseñanza primaria y secundaria y en vista de que su colega femenino no tiene cursos hasta sexto año, sino hasta tercero, ha establecido la co-educación desde el cuarto año adelante para recibir a esa falanje de jovencitas que quieren llegar al bachillerato, seguir una profesión liberal y ser más independientes en beneficio propio, para ayudar a sus padres ancianos, si el matrimonio no las hace formar un nido aparte, y para ser útiles a los demás y contribuir al engrandecimiento intelectual de la mujer chilena. Algunos creen que no es tanto por seguir una carrera profesional el interés de las chiquillas de irse a este liceo, sino que el motivo casi único es por estar juntas con los chiquillos, conversar con ellos sin que sus padres se enojen, ser amigos y pololear si se puede, y familiarizarse con el sexo contrario desde joven para evitar después encuentros perjudiciales. (Instintivamente, la mujer es más sabia que el hombre)

Mixto o no, el Liceo desempeña su misión y cumple sus programas ampliamente, respetuoso para todas las ideas, independiente porque es educación del Estado, elogiado y admirado por güelfos y gibelinos. Su Rector y su excelente profesorado han sido capaces de laborar en esa tarea prestigiosa y con su tacto pedagógico y su preparación científica han podido modificar el matiz educativo lugareño, prosiguiendo la obra de sus antecesores

El Liceo de Hombres de Rancagua es el faro de la cultura local y sus ex-alumnos están diseminados en todas las actividades profesionales, burocráticas, comercia-

les, industriales y agrícolas de la zona y del país en general.

Son famosas las fiestas que se efectúan en sus aulas, sobre todo las que se celebran en su aniversario, el 29 de Julio, pues fué fundado en ese día de 1846. La velada que entonces se prepara deja la mejor impresión y su sala de actos no puede contener al gran número de espectadores; el baile es otro de los números primorosos del programa y junto con el banquete en que toman parte sólo los ex-alumnos, dejan gratos recuerdos en los asistentes.

Al mismo tiempo son renombradas sus exposiciones de trabajos y sus revistas gimnásticas de fin de año; en estas últimas los alumnos, esmeradamente uniformados, demuestran la preparación física adquirida durante el período escolar. Se presentan como cachorros del deporte y como signos vivientes del empuje de la raza.



La Torre de la Merced

Aromas de azucenas se esparcen y hacen que en la mente resurjan floridas idealidades. Algo con arte prodi-

gioso nos lleva a encantarnos en imágenes y fantasías azules y de repente en la retina se clava la forma de una construcción que, antes que un templo de este siglo en que impera la rutina pesada del automóvil, del cine y de la radio y en que vivimos de prisa y al compás del traquear de las máquinas, se asemeja mejor a una estampa de paisajes españoles que conserva de otros siglos el sabor religioso o a una pintura de rincones de aldeas nacionales que atesoran de la colonia una mansedumbre almibarada.

Unida al galpón de la iglesia, con majestad solemne se levanta la silueta de la torre. No se eleva a lo alto larga y fina, ni está cubierta con el rastacuerismo de los arabescos y relieves en yeso o con la dura y pretenciosa co- raza de cemento armado; no cuadraría semejante ropaje en los cordenes ahumados que la ligan con las épocas que ya fueron y, plácidamente, sin temer al que dirán de gente insulsa y de maniqués andantes, eleva su figura y sabe conservarla con dignidad.

La pátina del tiempo con sus rocíos tenues ha vertido sombras y noblezas sobre esos muros que reviven. Las grietas y arañazos que producen la cadena de los años no han podido aun socavarla y las rasgaduras y surcos de los días que pasan no han logrado inclinarla hacia el olvido, hacia lo prematuro que se va con las generaciones. Será tal vez porque esa cruz en lo alto le sirve de vigía para avizorar a los enemigos de la destrucción y de pararrayo espiritual que amortigua y aplaca con santa quietud a todos los vendavales que se afanan por hacerlo todo mortal y perecedero.

Ciento catorce años há, ya era un vigía de Rancagua y de la nueva nación que se desprendía de la nebulosidad americana; durante la homérica batalla del primero

y dos de Octubre sirvió para que el gran O'Higgins posara su cuerpo y llevara hasta ese santo refugio sus nobles aspiraciones; pero el oportuno mirador nada le ofreció en el espacio y las tropas que esperaba no aparecían en la distancia; y entonces las banderas enlutadas tremolaron ahí, en la altura de esa torre histórica y memorable, indicando al enemigo que no daba ni recibía cuartel, que nunca se rendiría!

Es todavía reliquia y viejo centinela en el centro de la ciudad. Destaca su frente y su cúpula acampanada y escamosa sobre el conglomerado de techos de colores pardos y su plazuela se ha envuelto en la tranquila llovizna que derrama a cualquiera hora.

En los atardeceres la acaricia una gran placidez y bebe luz en la inmensidad y en los arreboles; cuando a la población cubre un alboroz de silencio y tristeza, el viento corre entre sus grandes ojos cuadrados, juguetea y hace prolongar los rumores de las voces que oran y que son como síntesis de todos los dolores y de todos los anhelos del mundo.

Por sus ojos se asoman a inspirarse las campanas y cuando ellas palpitan y por la brisa se expanden las gamas de sonidos, la hacen también temblar tenuemente y las ondas sonoras le comunican sus vibraciones risueñas. Cantan y sus voces caen como hálitos, llenos de santidad y llenos de gracia, sobre los hogares; son acentos que convidan a pensar en lo que ha de venir, en la mas grande verdad que estará en la sombra quién sabe por cuantos siglos todavía...

Por su cruz, que simboliza esperanzas, se perfilan, hacia lo alto, las oraciones y plegarias; suben gráciles, le-

ves, suavemente, en luminosos y en murmurares largos,
comoavecillas divinas en bandadas invisibles.

¡Añeja torre! El tiempo y la historia la olean con va-
hos sedosos de eternidad; y ese frescor y esa bendecida
paz de solares antiguos que atesora su iglesia se rebal-
san sobre toda la anhelosa población que a sus pies se
reparte.

Tonalidades del cierre del Comercio

Las calles Independencia y Brasil se estremecen en ciertas horas del día. Notas estridentes las conmueven en la mañana a las 9, en la mitad del día y en la noche a las 7 y soportan la dura emoción de la música anarquista que hacen estallar las cortinas metálicas que suben y bajan, produciendo en muchos oídos finos la idea de un vendabal levantado de repente en la apacible vida de la campiña

La ejecución de asonancias intrincadas y estentóreas se estira a lo largo de toda la calle y por algunos momentos resuena el estruendo de sus brutales arpegios revolucionarios, sin disciplina ni estudio orquestal, arpegios que la mayoría de la gente, vulgar al fin, no comprende porque no sabe desenredar la pequeña partícula de arte del enorme fardo del vivir...

Lo demás de la ciudad, las otras calles, aunque lleguen igual que esteros al río que todo lo arrastra, no se inmutan, no logran tal atractivo, no gozan de esa momentánea agitación ni sufren tampoco el rechinar de fierros y de latas de catastróficos ruidos.

Pero así como la hora de abrir, sea en la mañana o después de almuerzo, alegra a la calle y la hace avivarse con el movimiento de gente que traquetea y da vueltas en la diligencia de sus compras, el cierre, al contrario, la entristece, la apaga. Se deja ver mejor esta situación en las noches después de las 7. Queda obscura, sin brillo, sin animación ni entusiasmo y la juventud y otros que se pasean a esa hora, alumbrados apenas con los escasos «chonchones» eléctricos, se ven lo mismo que si anduvieran adentro de una trinchera. Apesar de ir más personas, porque los empleados están aprovechando semejante novedad para ellos, las caras no se ven y las personas no se distinguen más allá de un paso y algunos parecen fantasmas a veces; los trajes no se exhiben como deberían y los flirteos en la penumbra no se dejan descubrir para dar aliciente al comentario.

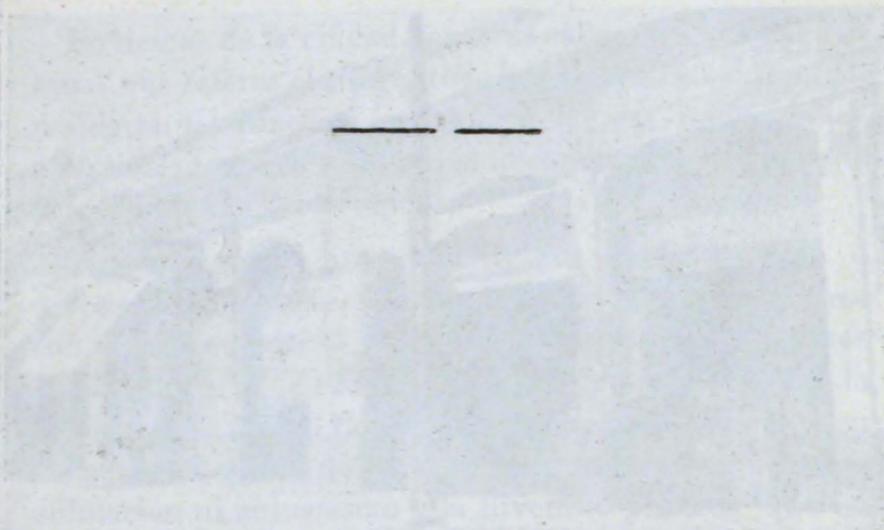
El paseo de la calle Huérfanos rancagüina, es el más afectado por tal situación y asemeja entonces un desfile fúnebre y nocturno...

El mayor regocijo de las cosmopolitas calles Independencia y Brasil, no está en recibir las visitas de los que van y vienen, sino en las horas en que el personal de



las casas comerciales levanta o baja las cortinas metálicas y que, sin intentarlo ni quererlo ni pensarlo, están ejecutando con pulsación vigorosa un concierto sinfónico surtido de notas estruendosas y disparatadas que se alargan y se vuelcan en arrítmica algarabía por encima de la ciudad. Es entonces cuando estas calles se estremecen, dibujando arlequinescas jesticulaciones y resuenan y retumban lo mismo que si fueran un órgano desequili

brado con ribetes de modernista. Se estiran como si se transformasen en un desafinado acordeón de geroglíficas tonalidades.



El mayor atractivo de las construcciones, calles y plazas de la ciudad de Madrid, no está en recibir las visitas de los que van y vienen, sino en las horas en que el personal de

El Cuartel de la Segunda



En la ancha calle de aldea que conduce desde la Estación al centro, en un espacio de edificios que, cohibidos, se humillan en su pobreza arquitectónica y se achatan en la esclavitud de un piso, como un aliento que hidalgamente se propusiera interrumpir la monotomía, sobresale el Cuartel de la Segunda Compañía de Bomberos. Poco frente, es verdad, modesto traje que es preludeo de futuras grandezas, con aires de escasez lujosa y distinguida de las construcciones modernas de las grandes ciuda-

des; pero esos pocos metros que reciben las caricias ondulantes de la calle bastan y sobran para almacenar en su fondo, perfumándolo, el crisol donde ha encarnado el altruísmo y el desinterés y cuyo llamerar perpetuo ilumina siempre y en todo momento a los voluntarios segundinos.

El ideal, como el amor, (ensueños hechos algo tangibles a la volátil felicidad humana), jamás han necesitado del hartazgo pancista y de mal gusto ni del repiqueteo populachero con el fin de anidar feliz y tranquilamente para desarrollar su noble acción, alada de sinfonías. Por eso a este hogar bomberil no le hacen falta más metros de anchura y si necesita alguna vez salir de su prisión y extenderse, hacia arriba tiene libertad, hacia el cielo, el azul y el infinito; ya lo probó: ayer lo vimos en la humildad de un piso, hoy posa en dos, juvenil y vivaracho como un chiquillo, y no será raro que mañana cuente con otros pisos superiores, sin pretender, por supuesto, elevarse en forma de torre para curiosear las intimidades del firmamento.

Ha sido una habilidad, casi un milagro, la construcción de este cuartel. La mayoría de la obra de mano fué toda bomberil y sus improvisados arquitectos, constructores, maestros y operarios no contaron con la eficaz ayuda gubernativa ni con la base económica de algún protector adinerado; solo adquirieron los materiales regateando aquí y «piloteando» allá, con dineros que se reunieron merced a fiestas, erogaciones, «sablazos» y bailes organizados por los mismos, guiados por el afán noble y generoso de tener casa propia, no importa que modesta, pero cómoda y útil.

La persona que llega a un pueblo y busca perspectiva urbana, que le gusta aprisionarse en la red sutil y llama-

tiva de las bellezas naturales o artificiales, generalmente se deja impresionar, bien ó mal, por su edificación, por el pavimento y el arreglo de los paseos; y son por lo general las vías que dan acceso a las poblaciones aquellas vistas que se graban mejor y para siempre en la cámara multicolor del cerebro. Rancagua no ofrece en su mejor puerta de entrada motivos que puedan hilvanar y aromatizar una buena impresión de localidad progresista; su pasadizo no es muy acogedor y sólo ofrece casas parejas, una que otra de dos pisos y donde cada puerta que se abre muestra el escaparate de un comerciante.

En ese espacio sin matices casi, el Cuartel de la Segunda, por lo menos, eleva un brochazo de idealidad; vibra como un aliento generoso en medio de ese cúmulo de fealdades arquitectónicas y de materialidades monetarias de toda población que sobrevive vigilada por la guadaña del trabajo que revuelve el amasijo del pan de cada día.

Adentro aun es más acogedor; el pequeño hall, la sala de sesiones, su casino, el orden, la disciplina y el gusto para disponer cada detalle, todo, en fin, contribuye a hacer agradable y hospitalaria su estadía en él, gracias al empeño y al cariño que cada voluntario siente por su institución.

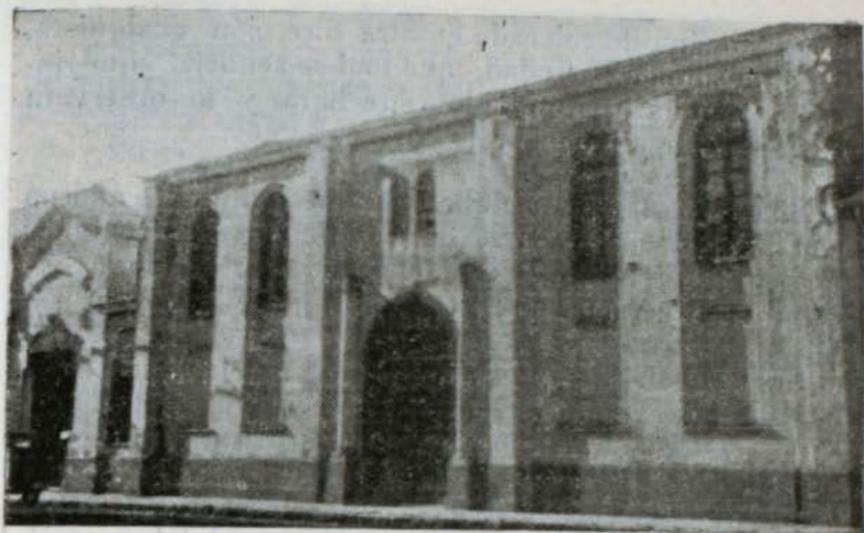
Para esos bomberos, no está ahí solamente su segunda Compañía, sino también su segundo hogar. Y en caso de incendio, el cuartel se vuelve bullicio y movimiento; es un colmenar al que llegan y de donde salen corriendo, en intensa agitación, igual que abejas laboriosas, los segundinos, animados por el propósito de servir a sus semejantes; muchachada entusiasta, no teme al peligro y su clásica *rucia*, transformada y adaptada a los métodos modernos, no envejece y se deja jinetear como en sus

mejores tiempos. (Después de escrito este artículo la Compañía adquirió en Alemania una moderna máquina Mercedes Benz: es ia **Menche** de los segundinos).

* * *

Un pintor que gustara de los asuntos provincianos no dejaría de mirar y de oler siquiera la perspectiva de ese paisaje: un trozo de amplia calle de aldea, sin hermosuras, árida, con casas bajas y mercantilizadas, entre las cuales sobresale el perfil de un angosto edificio que se abre todo en puertas y balcones, que es adorno de su avenida y en cuyo interior el altruísmo bulle y aletea con claras resonancias.

El Cuartel de la Segunda es así como una violeta en medio de un erial, como una bella jaula incrustada en las murallas de antaño, evocadoras éstas de atavismos retrógados y fatalistas que se han enclavado en el alma de los pobladores rancagüinos de todas las épocas....



Hospital San Juan de Dios

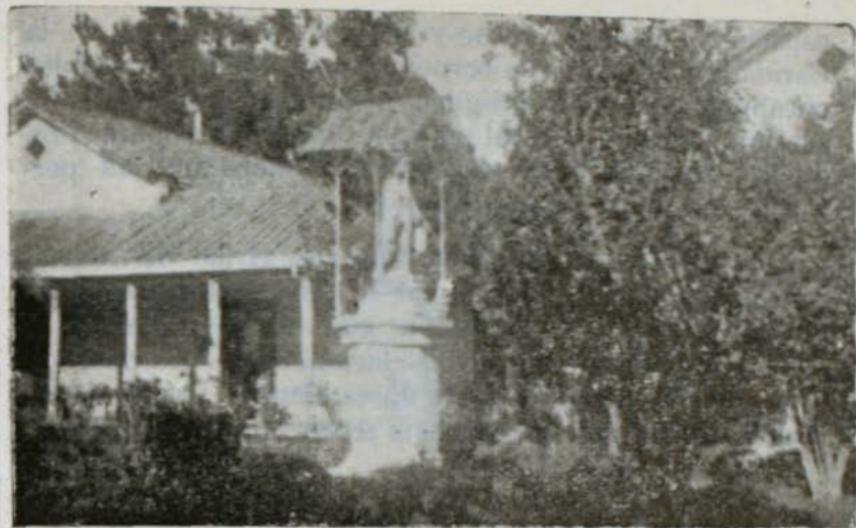
Cual nube blanquecina caída del cielo, a un costado de la Alameda se divisa el Hospital. Ambos, la avenida y el establecimiento de beneficencia se hacen buena compañía, se han uniformado en un mismo parecer, se han puesto de acuerdo para vivir tranquilos, se han apergaminado en una misma estampa. Ese modo de ser manso y benigno de la Alameda se adapta admirablemente al aspecto de genuflexión que siempre tienen los lugares de caridad, adquirido como contagio de los que ahí llegan a pedir amparo y protección para sus dolencias del alma y del cuerpo.

Supongámoslo colocado en otra dirección cualquiera, en otra calle de la ciudad, ¡qué mal se sentiría! ¡qué incómodo en un barrio que lo estrechara y lo observara curiosamente a toda hora!

Sí, es eso, una larga nube blanquecina que se adorna con las manchas oscuras de las numerosas ventanas que sujetan a las liras de sus barrotes, por donde a veces el viento entona sus acordes.

El Hospital, que antes era de beneficencia, que atendía sólo por caridad y recibía legados de la gente rica y ayuda de todo el mundo para el buen desarrollo de su santa misión, hoy, con las nuevas teorías socialistas y las nuevas concepciones socializantes de atención médica, ha pasado casi por completo a manos estatales y recibe a los enfermos del Seguro Obrero. Divide así su obra entre enfermos indigentes y enfermos asalariados: dos categorías distintas de atención ante una sola desgracia humana... Por supuesto, serán preferidos y mejor atendidos los que pagan, los pensionistas; (esta es una pura suposición).

Recorriéndolo, la paz embriaga al visitante; sus corredores, sus jardines y galerías, sus pabellones y salas brillan como un espejo. Todo se siente aromado porque en los jardines hay flores, en el vestíbulo de cada sala hay maceteros y hay siempre flores frescas en el altar del santo que lleva el nombre de cada sala. Teniendo tan cerca tantas y variadas corolas, las dolencias de los enfermos se hacen más llevaderas y livianas y hasta el olor de las medicinas, del ácido fénico y del yodoformo se suavizan, se hacen menos fuertes y molestos y no se perciben a veces. Y hasta la muerte ahí, quizás, se hace más dulce, en medio de tantas flores y esencias...



Todo respira mansedumbre religiosa y sosiego y hace que las palomas sensibles de la inspiración se cristalicen en el alma del que llega a cobijarse bajo su divino techo, invitado mejor por la bondad que irradia la imagen de San Juan de Dios que está a la entrada del Hospital y da la bienvenida, y atendido después por la gracia dulcificante de los rostros de María que hay en el patio de afuera y en el huerto interior.

Su capilla ¡cuántos recuerdos de la infancia no trae! En su misa tempranera de 6½ de la mañana, como en una iglesia de pueblo chico, veíamos a mucha gente conocida, a casi todos los vecinos del barrio Alameda, hoy ya casi todos desaparecidos. La capilla se hacía estrecha y hasta al lado afuera de la puerta a veces los devotos se apretaban, (pensamos que actualmente debe ser igual). Los enfermos que podían levantarse y que gustaban de esta obligación religiosa, llenaban la cuarta parte, sentados en los bancos, hediondos a remedios; ocupaban otro

espacio el personal interno y las virtuosas monjas de la Caridad, aladas con sus cornetas blancas, parecidas a los encapuchados de las antiguas abuelitas, y archas con sus vestidos gruesos azul-marino, apropiados para producir sudoríficos; y todo lo restante lo llenaban las personas madrugadoras del rededor.

¡Qué bien y qué bonito cantaban las Hijas de María! En especial hacían lucir su voz en las celebraciones de Pascua y del mes de la Virgen, cuando los altares se mostraban cubiertos de constelaciones de nardos, de lirios, de azucenas y de otras flores blancas. Como niños, eso nos trastornaba y nos hacía sentir en el cielo...



Los Castaños de la Plaza

Al acercarnos a la Plaza de Armas, son ellos los primeros que nos saludan; desde lejos ya nos hacen señas y nos invitan con la sonrisa en el suave aleteo de sus láminas y los ademanes perfumados de fraternidad a gozar de sus sencillos y agradables encantos. No se ocupan en observar el traje, la figura, o quien nos acompaña, y con una hospitalidad de buena gente se hacen amigos de todos y abren su corazón.



Contrasta esa cordial bienvenida con el gesto que desde lejos nos dibuja la estatua del prócer; y contrasta a la vez con las miradas curiosas que los provincianos tienen para el que llega, y con el desdén de los árboles del centro del paseo, los que sienten orgullo porque lucen durante todo el año la verdura de sus hojas perennes.

Los castaños son distinguidos, carifosos y atentos y no tienden en las noches pecaminosas obscuridades. No guardan la voluble fragancia de los naranjales y las acacias, ni el místico recogimiento de los cipreses y los pinos, ni la frescura de las encinas y olmos. Tampoco tienen la arrogante y voluminosa frondosidad de los árboles que circundan a la plaza de Santiago o la altiva elegancia de las palmeras de la plaza de Curicó. Ellos a la nuestra le han cincelado una corona de grandes esme-

valdas, y unen sus ralos ramajes en copas redondas cuando llega la primavera a encantarnos con la galaaura de su renacer de gloria y sus rumores de juventud que señalan a los humanos nuevas y floridas rutas.

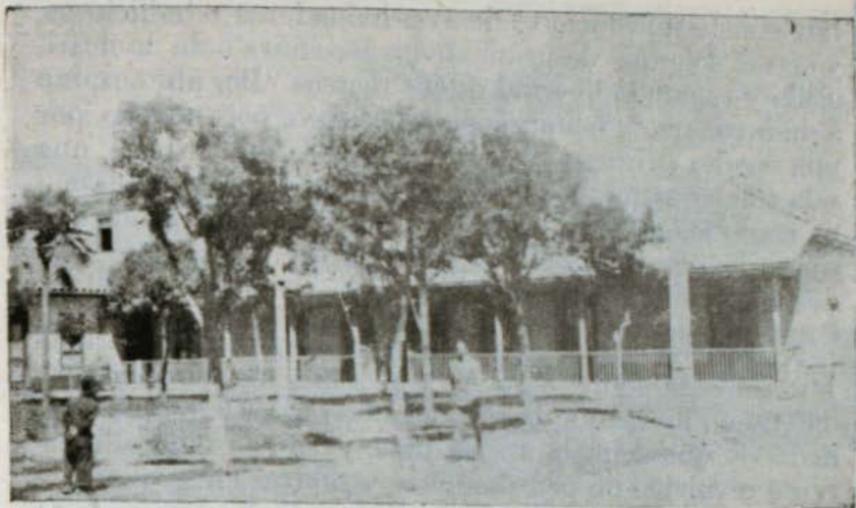
En los cálidos días de verano, cuando lentos y como bestias se doblegan los ramajes y el sol tuesta los rostros y los cuerpos y caldea las baldosas para reflejar mejor sus hondas de fuego, los castaños hacen sonreír su verde milagro y ofrecen con toda su alma un regazo pequeño de sombras refrescantes y acogedoras. Se muestran cual esperados oasis a los paseantes y atraen y cubren con la maternal cordialidad que sólo ellos han aprendido de la tierra que les da la vida.

Si hay una pareja o varias personas de ambos sexos sentadas en las bancas, gozando placenteramente en la sombra de algún castaño, el conjunto se vé como un trozo de balneario en que un grupo de bañistas se refugia del calor bajo las sombrillas o quitasoles de playas, eso sí que en el caso rancagüino solamente el bello sexo es el que está en traje de baño...

Se nos figura que no crecieran de un año a otro y pasa un lustro y ellos están lo mismo; talvez así les conviene para oír mejor los secretos e intimidades que se asoman y salen a vagar desde esas pequeñas puertas humanas: las bocas. Así han logrado saber muchas cosas y sarcásticamente miran a la cambiante muchedumbre y a las formas fugaces como aerolitos que se suceden en el escenario del salón de la ciudad.

Parcos y sin movimiento en sus posiciones que conservan desde antaño, son agradables motivos estilizados de un buen paisaje de acuarela. Su belleza y lozanía provienen, quizás, porque reciben fertilizantes derivados de sangre de héroes y, para evitar que el mundo se aproveche con fin utilitario de ellos, reconcentran el amargor de sus células en frutos que sólo engañan a los muchachos.

Nuestra plaza, tan asoleada, tiene en los castaños en el verano el mejor pincelazo, el más valioso atractivo y está reflejado en ellos un gesto de la vida provinciana.



Instituto O'Higgins

Nadie podría imaginar que detras de esa fachada de casona de aldea o de fundo que conserva y expande el perfume de mansedumbre de otros tiempos, se repartiera el claror de un establecimiento educacional, si nó con los más refinados adelantos de la última palabra en ciencia pedagógica, por lo menos se enoja con los compartimentos y las reglas más necesarios del arte nuevo de la enseñanza y que muy bien ha sabido desarrollar en su organización interna la Congregación que lo administra.

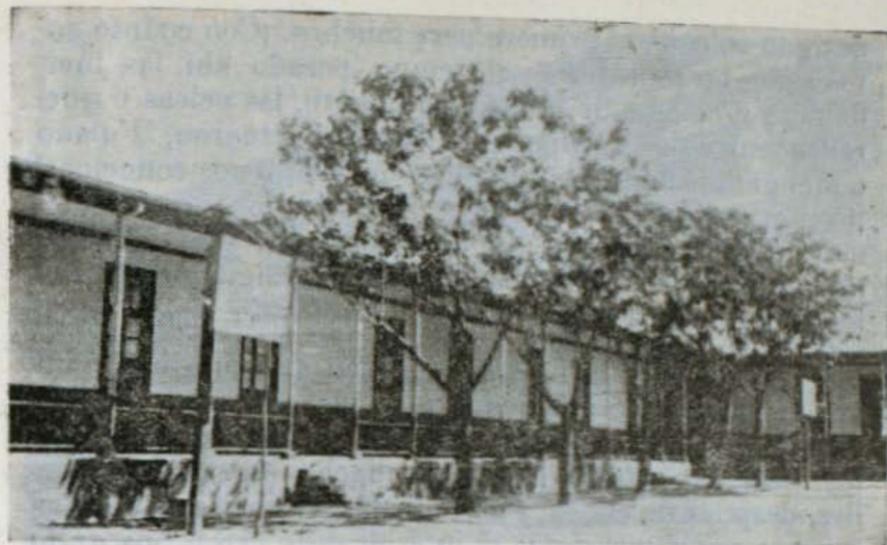
Esa casa de estilo colonial, no común ya en las grandes ciudades, que recibe el roce de las flecaduras de una baranda en todo el corredor y que mira como buena amiga a esa mansa plazuela sentimental, modestamente, silenciosamente, sin hacer ruido ni alardes de su importancia, sirve de pantalla o de biombo a un templo en donde

Hay constante concierto de aves habladoras y bulliciosas, ya en el solemne desgrane de las lecciones o en la acariada y esperada libertad de los recreos. Por ahí empezó a desarrollarse y a alargarse ese colegio, poco a poco, por una cuadra primero y por toda la manzana después; una sala fué siguiendo a la otra, encadenada y ordenadamente, como las estrofas de un bello y perdurable poema que siente la nervadura del molde clásico y el adorno de clave del modernismo literario.

Necesitaba esa táctica para poder surgir y poder recibir, amorosamente, bajo sus alas a ese buen número, cada año en aumento, de niños de la ciudad y de los alrededores que acuden a instruirse y educarse en el incesante revoleteo de pensamientos y nuevas ideas que para ellos se escapan, igual que crisálidas, de las lecciones de los maestros.

Se ha atraído así las simpatías generales y observando a este colegio en conjunto, a vuelo de pajarero, puede decirse que es una feliz parodia de las ciudades universitarias, especialmente de las ciudades universitarias yankees, que se guían por las prácticas pedagógicas más adaptables al dinamismo siempre cambiante en mil tornasoles de este siglo, ya que sus diversas dependencias ofrecen variado tamiz y satisfacen los anhelos tanto espirituales como materiales que cosquillean a la sensibilidad humana en esa edad loca y alegre en que todo es ilusión y el mundo se vé por doquiera de color de rosas...

En esta pequeña ciudad universitaria halla el alumno, además de las salas espaciosas y de los patios sombreados por paulonios y otros árboles, el gimnasio para los ejercicios físicos, la piscina para el baño y el deporte acuático y la capilla para las prácticas religiosas. En parte se ha construído un segundo piso donde se han situado los co-



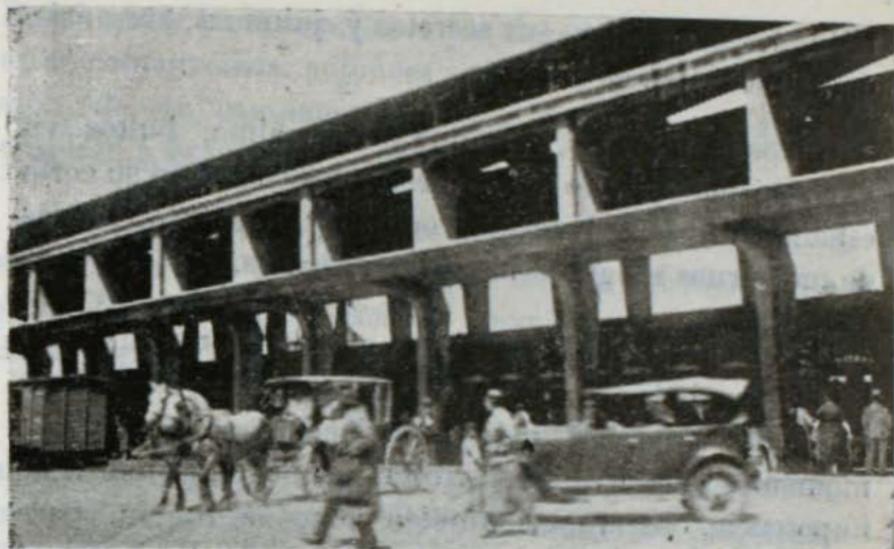
medores y dormitorios para los internos y medios pupilos que vienen desde lejos, y en el espacio restante de la manzana hay árboles frutales y otras plantaciones que a los niños de afuera les hace sentir menos pesada la ausencia de sus campiñas. El deporte en todas sus variedades y el arte también tienen simpáticas ramificaciones y una banda de músicos, formada por algunos de sus alumnos, le ha venido a entonar una bella canción.

Todo ahí se armoniza para respaldar un modelo de establecimiento privado de educación en el cual los Hermanos, con sus uniformes de golondrinas, laboran con paciencia y tacto de predestinados...

Entre la juventud que trabaja actualmente en las oficinas públicas, en establecimientos comerciales o industriales de la localidad, en las faenas agrícolas y deportivas o entre los profesionales y estudiantes universitarios de la región, se nota una buena falange de ex-alumnos del Instituto que recuerdan con filial reconocimiento a su

antiguo colegio, el primero para muchos. ¡Con cuánto entusiasmo no rememoran el tiempo pasado ahí, las incidencias graciosas de la vida estudiantil, las peleas y querellas entre los compañeros en que actuaron, Fulano o Mengano, citándose nombres más o menos conocidos! ¡Con cuánto cariño y amor de buenos hijos no se acuerdan de sus profesores y de cada rincón de ese establecimiento que sabe unirse con enjundiosa raigambre a todos los que se albergaron bajo sus aleros!

Participa el edificio del Instituto en un rincón de un apacible sector de la ciudad, que sólo se anima, se alienta y se agita al contacto del hervor bullicioso de los gritos, risotadas y frases de los muchachos al salir a las calles, después de clases, y al sentir las vibraciones de esas mismas voces que desde el interior se escurren buscando el eco que sepa acariciarlas.



LA ESTACION

Como rápidas y blandas ilusiones que mueren de premura, se esperan, llegan y pasan los trenes. Cometas de negras colas apegados al suelo, van derramando en triunfos sus canciones metálicas. Aparecen a lo lejos, sus hálitos nos rozan, se detienen a hacer una guiñadura y muy pronto se escuren velozmente, tras nuevas rutas y siguiendo el programa de sus órbitas.

En sus vientres compartidos hierven todas las pasiones y deseos y se guarda en retirada el buho del desencanto... Portan cada día y cada hora los latidos cambian-

tes de los que viajan, sus secretos y quimeras, sus ansiedades pletóricas de paisajes.

Bultos inanimados, pero que tienen alma, bultos vivientes irracionales o farandulescos los trenes en su corta estadía en nuestra Estación vomitan y tragan con ansias de monstruos sanguinarios y hambrientos.

De las aldeas que se recuestan con dejos tranquilos en las laderas de los cerros de la costa, acarrean esos dorados líquidos que hacen que la existencia se sienta por momentos más liviana... Nostálgicamente, teñidos de impotencia, observamos también como se tragan, para llevarse lejos, muy lejos, ese áureo metal de nuestras cordilleras.

Saetas luminosas del progreso, traen y llevan vida; se desbordan de ellos rayos que efectúan el prodigio sonoro de una sutil transfusión. Bajo sus hechizos brotan novedades por miles, brota luz y adelanto.

Multitudes anhelosas que viajan, que van en pos de algo o que matan el tiempo en paseos, acuden a la Estación; se sitúan en las salas de espera o se agrupan en los andenes y dan vivacidad nerviosa a ese sitio que, por donde se le escrute, es todo trabajo y agitaciones. En las noches es el paseo obligado de mucha gente y algunas veces, (¡signos de los tiempos!) se le ha tomado como recinto de baile y para jugar a las serpentinatas ..

Es curioso admirar como en las mañanas de los días

Domingo y en las noches a la llegada de los trenes atrae concurrencia; entonces se iguala mejor a la estación de un campamento y no a la de un pueblo que empieza a despertar.

Es ella el termómetro que marca con su andar isocrónico y exacto el movimiento que anima, que engrandece y que hace aletear a todos los miembros de la ciudad y de la región ...

Las estadísticas oficiales que dan sus oficinas sobre su actividad, tanto de carga como de pasajeros, son por demás halagadoras y la señalan como una de las principales de la República, como una de las que más da sin recompensa casi... pues la Empresa de los Ferrocarriles la ha considerado, entre las otras estaciones, algo así como una Cenicienta: hasta hace poco nada la cubría, nada la adornaba y después le construyó un techo de cemento parecido a esqueleto de mastodonte antidiluviano que le sirve de paraguas todo roto en el invierno y de quitasol en el verano...

A veces, cuando la apacigua el silencio, cuando la adormece una antigua añoración, suele sentirse ahí el aburrimiento; pero ese estado es transitorio, la hora sentimental no se cuaja y queda trunca. El humo triunfador que se acerca, ya del norte o del sur, ya del este u oeste, con sus ondulaciones que se agitan lo mismo que bravías olas, disuelven los melancólicos gérmenes y resurge en todas partes reidora la loca y turbulenta agita-

ción, la que vive mientras permanecen los cometas en el andén...

Notas criollas, manchones que le dan brillo y animosidad son los «corteros», rapaces gritadores y molestos moseardones que ofrecen sus servicios, y las figuras gruesas, amodorradas y blanquizas de las comerciantes, casi tapadas con sus estantes y sus canastos olorosos a frutas, a quesos, a fiambres, a «cauceos» y a dulces...

Plazuela de la Merced



Es una miniatura agraciada de los parques ingleses y tiene una simpatía juvenil y conventual que se renueva cada hora desde antaño y le da paz que le hace sentirse triste o alegre, según el carácter y el instante emotivo del que la observa.

No tiene exquisiteces, ni arbolados, ni sombras donde pueda ocultarse algún desliz, ni jardines con adornos rumbosos. Es sencilla y humilde, se arrebujaba en sayales y no conoce el vaiven de las ciudades modernas; tampo-

co quiere galanuras chillonas de artificios y le basta brindar con sus modestos planteles una sonrisa que tiene olor a indulgencias..

Es hermana del templo a que está junta y con él paladea las tradiciones históricas y los rezos de la gente que acude allí a orar. Toda amplia y sincera, da un abrazo efusivo cuando en la mañana los devotos van a oír las misas o cuando a otras horas y en otras festividades asisten a las procesiones, novenas o rosarios.

Considérase feliz cuando siente el hormigueo de devoción humana que desflora desde la tierra sus inquietudes espirituales y sus esperanzas para que lleguen hasta el cielo.

La plazuela de la Merced es un huertecito que han podido respetar los tiempos, huertecito fragante a canciones y a incienso, y también a pólvora del Judas que queman todos los años a fines de Semana Santa y que tiene la rara cualidad de hacer burbujear en la mente silenciosos recuerdos de la infancia.

Con ademán de lego santurrón observa cada día el pecado que enturbia a sus calles vecinas y los transeuntes al ver como a veces en sus escaños y en sus minúsculas sombras dos seres se estrechan en bríos amorosos, no podemos calcular qué negro sacrilegio cometen, porque siempre la plazuela y la iglesia han formado un todo.

Echa de menos bastante a un amigo que tuvo y que fué amigo en general de la ciudad, médico y filántropo, algo poeta y algo loco, quien, a pesar de sus preocupaciones y actividades profesionales, sociales y altruistas, hizo que su alma se unificara al alma de la Plazuela: fué el Dr. De-Geyter, que tuvo allí sus oficinas de consulta.

Y como él ya murió hace algunos años, está todavía ella esperando un recuerdo de gratitud, palpable y visible, que conmemore a un buen hijo adoptivo de Rancagua.

EL MERCADO

Antiguamente constituyó casi la única nota cotidiana entretenida y activa de la vieja aldea colonial y nuestros padres se deleitaron y hallaron sólo ahí el punto liviano de atracción, tanto en los días ordinarios como, y muy especial, en las celebraciones de Pascua y de Año Nuevo: eran fiestas grandes, sencillas y divertidas, sin estiramientos de categorías sociales ni snobismos petulantes.

Después a este local se le abandonó, ignoramos las causas, y entonces muchos insectos se apropiaron de él y las arañas tejieron entre sus vigas y paredes, por un largo tiempo, los tenues visillos, los cortinajes y los transparentes y alados stores que saben deshilar con sutil maestría de hadas blancas en los rincones que adornan para hacerlos sus moradas.

Tuvo un enorme sueño y eran pápados cerrados sus puertas que otrora se abrieran fraternalmente a la multitud que razgaba el silencio de la población

Algo así como un cuarto de siglo duró ese aletargamiento que iba socavando las entrañas mismas del edificio y bastó la inteligente y nerviosa mano de un alcalde para que con plumerazos y sacudidas lo despertara y reanimara en ese trajín que antaño le daba vida entusiasta.

* * *

Y los galpones, antes ocupados por trastos inservibles, por basuras, animales y desperdicios, y otros construídos después en el centro, actualmente lucen el encadenamiento de numerosos locales llenos de las mas variadas mercaderías y comestibles, a donde van a surtirse temprano las dueñas de casa y las cocineras.

Por las mañanas es agradable observar, para los que

no tienen ni un alma ni una sensibilidad ordinarias, como ellas salen de los portales y se dispersan hacia todas las calles cargadas con canastos o paquetes apretados, rebotantes de carnes, de frutas perfumadas y tentadoras, de legumbres y verduras; tampoco falta, de vez en cuando, el ramo de flores, sencillo y con nada de artístico en su confección, o una gallina que va tristonca y estoica, presintiendo su fin, y que llevan colgando de sus patas. Todas estas son figuras de cuadros movidizos netamente chilenos, con todo el sabor de las escenas que se desarrollan en el interior o alrededor de los lugares de aprovisionamiento. ¡Cuántos motivos no dan para un buen pintor costumbrista estas despensas de las grandes urbes, fragantes a frituras, a mariscos, a frutas sazonadas y a campo nuestro!

* * *



De madrugada, de noche todavía, empiezan a llegar desde Machalí, Lo Miranda, Doñihue, Coltauco, Gultro,

Coinco o Graneros, con preciosos productos, de las chacras, arboledas y jardines, los vehículos que se quejan y balbucean protestas al chocar con las piedras de las calles. La misma dirección sigue la dispersa caravana de argueneros que avanza acompasadamente; y cuando en las noches sus siluetas se deslizan con lentitud y atisban o dormitan por los caminos rurales y en las calles de la ciudad que aun no despiertan mecidos tenuemente por el andar de las mulas, machos, caballos y burros que caminan suaves como elefantes y demostrando en sus ojos cierto miedo a las sombras, al verlos avanzar, creemos que son hormigas que acarrear desde los puntos más lejanos el alimento para la comunidad, abejas que traen hasta nosotros con cierta unción delicada la miel que destilan en sus fábricas familiares otras abejas campesinas y silenciosas y cuyo sosiego envidiamos los que sufrimos el espasmo escalofriante de toda ciudad que se siente punto de atracción de un valle bañado por un río; mejor todavía, esas siluetas de campesinos en las altas horas, creemos que son enormes roedores nocturnos que transportan comestibles, sigilosamente, con la astucia de los otros roedores pequeñitos. Y al llegar a la población semi-iluminada, recortan sus figuras con acritud, lo mismo que dibujos de agua fuerte, en que parecen formar un solo todo la cabalgadura, el jinete y las arguenas o canastos.

* * *

Los estrechos departamentos que circundan a esta ya anticuada Vega se sienten en las mañanas electrizados por un gran movimiento comercial y el patio o corral en los días de actividad veraniega se hace reducido para contener el número de carretas, carretelas, camiones o cabalgaduras de que se valen los productores, los comer-

cientes e intermediarios de los fundos y aldeas vecinos para ofrecer el oro de color variado que nace de nuestra tierra; y a las calles vecinas se desborda el sobrante. El bullicio en esas horas se hace prodigioso y todo el local se transforma en una enorme caja sonora que recibe y agranda y enlaza los ruidos disonos de carruajes, de pisadas y relinchos de animales, de voces, ecos y gritos de los comerciantes, hombres y mujeres que pregonan el valor y la calidad de sus artículos y de compradores que regatean en los precios. Tampoco faltan, en ese conglomerado atrozmente arrítmico, las inevitables victrolas y radios, las que salpican siquiera el revoltijo con un poco de pimienta musical...

Lo raro es que esas voces, algarabías y golpes, y quienes las producen, ignoran que están integrando y entonando un canto al trabajo, que hilan modestamente la orquestación de la obra que abarca más de la mitad del objeto de la existencia humana. Ignoran, con toda seguridad, que sus disonancias aisladas se hacen más sonoras y buenas cuando actúan en coro con otras disonancias que gesticulan una canción a la vida ..

La Ca te dral



Nuestra plaza siempre se enmarcó en moldura anticuada que le ofrecían edificios que ignoraban el sonreír del arte y los coloridos que dan impulsos a todas las manifestaciones del cerebro. Casas y murallones llenos de herrumbres han hecho perpetuar sus fachadas y han cubierto para que se mantenga sin ánimos a ese cuadrado que todavía tiene sus modales de colonia.

De ese marco roído, añejo e incoloro ha formado una parte necesaria el caserón que se llamó hasta hace poco

Iglesia Parroquial. En el conjunto no ha desentonado ese montón de ladrillos superpuestos desabridamente en su dibujo y en su arquitectura y que le hacía parecerse a un galpón de bodega de casa mayorista o de frutos del país; carecía de torres que la presentaran más elegante y esbelta, donde las reidoras campanas llamaran con sus cantos broncíneos a orar a la multitud y por las cuales se fueran y volaran hacia el infinito los ruegos y las plegarias; ni aun siquiera una cruz en lo alto o una imagen indicaba al extraño que esa era la iglesia más importante y el centro espiritual de la población.

Si por afuera no ostentaba una silueta artística o agradable, adentro, en cambio, ha sido distinta y las combinaciones de la mampostería, del estuco y de la pintura tendieronle adornos policromos que saturaban al alma de emociones livianas, de divinos y celestiales pensamientos.

Por fin, desde hace poco, parece que avergonzada de recibir tantas críticas, especialmente por tener ya la categoría de Catedral, está rejuveneciéndose y, como los caracoles que sacan sus cachitos al sol, le están brotando a sus lados dos torres que le darán un buen aspecto y que le harán perfilar una perspectiva más de acuerdo con su rango, más de acuerdo con el sitio en que está colocada y con la importancia misma de la ciudad.

Se nos dice que estos trabajos se están ejecutando en la mayor parte con erogaciones pequeñas de las personas católicas y esperan terminarse de ese modo, aunque las damas encargadas de las colectas tengan que sacar con tirabuzón las cuotas de los bolsillos de los creyentes...

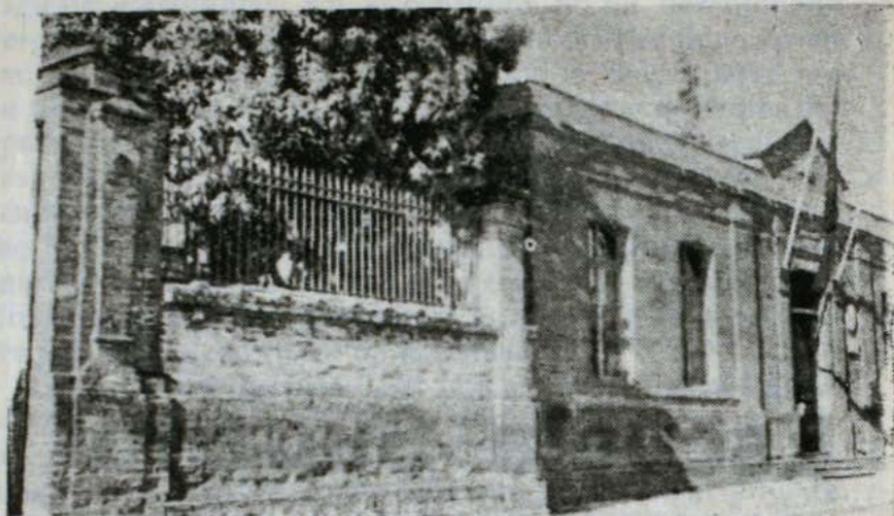
Y ojalá se muestren generosos y se les ablande el corazón en grado sumo, para que puedan terminarse las reparaciones de la Catedral en este siglo, porque, generalmente, los trabajos de iglesias se eternizan...

Levantados los campanarios, las oraciones y los ruegos se esfumarán y elevarán fácilmente a las regiones etéreas y Dios bendecirá así a la ciudad toda.

Escuela Superior de Niñas

Para la época en que fué edificada significó mucho, se adelantó. Y ahora, después de cuarenta años, todavía es mucho para nuestra población y aun no se le ha igualado en locales para colegios.

Puede ser actualmente estrecha e incapaz de contener ese ímpetu juvenil femenino que sacia en los primeros libros el ansia de perfeccionamiento rudimentario que le aclare el origen de los fenómenos más corrientes y que le abra, un poco brumosas, las puertas de la vida. Puede no satisfacer las necesidades momentáneas de una localidad que, por lo menos, ha triplicado su población desde cuando se la edificó y ser reducidos, por lo tanto, sus aulas y patios para abrazar fraternalmente, como lo exige la escuela nueva, a esos gérmenes de las madres del mañana. Pero a pesar de todos esos defectos, producidos



sólo por el tiempo y no en su estructura misma, es para esta capital de provincia un motivo especial y antiguo de hermooseamiento.

El espíritu de Balmaceda esta impreso en esos ladrillos que, en la pauta en que están colocados, forjan un todo que hace delinear en la vista y en la mente una agradable brochada rojiza que sonríe en medio de la opacidad.

Durante los recreos el aire de las calles vecinas y de los alrededores se puebla de voces aladas que vuelan y revolotean y hacen jiros en desorden, hasta esfumarse en la distancia, que resuenan y se deshilachan en la altura en acordes ininteligibles; al elevarse, en sus movimientos, imitan a sus autoras que saltan y corren y se entusiasman y con sus blancos delantales y sus vestidos semejan pobladores aún sin alas de una enorme pajarera que se ensayan para entornar pronto sus vuelos... Las risas y gritos salen en libertad, para explayarse arriba, por entre el aroma de los jardines y los arabescos de los

árboles, por entre corredores, patios y galerías. Durante las horas de clases sólo sacuden la atmósfera cercana, cariñosamente, amorosamente, como tierno consejo maternal, las palabras de las maestras que inculcan algo nuevo en esos cerebros inquietos e inexpertos de muchachas en el dintel de la adolescencia. Ellas amasan con la abnegación de una madre, con la paciencia de una santa y con la inspiración de un artista esos variadísimos pedazos de bruta arcilla, para que ya modelados algo, aunque toscamente, sean útiles a la humanidad.

Al mirar desde la trivialidad de la calle a esta escuela, en las horas silenciosas y cuando mansamente nos subyuga la fina pesadumbre del vivir, no sabemos que aire señorial se le encuentra con esas murallas cubiertas de musgos que han robado a las felpas sus cualidades y coronadas de rejas por donde asoman y tejen filigranas los rosales y jazmines. Es fácil creer que es uno de esos escasos palacetes del siglo pasado que han podido conservarse intactos, sin que la vorágine del progreso, que hace que las viviendas se estrechen y junten cada día más, cometa barbaridades en sus jardines y rincones. Puede pensarse, al no conocerla, que es uno de ellos, tranquilo, saturado de sentimentalismo, donde las flores y árboles forman un colorido y artístico ramo, en cuyo interior resurgen cálidas las emociones viejas y donde vive de recuerdos alguna distinguida y rancia familia. Parece así un vestigio de otras épocas, enfundado en un sosiego que le irradia poesías al añorar las nobles tradiciones de sus antepasados.

Observándola con su aspecto señorial y sabiendo lo que es, fácilmente se evoca la memoria del Presidente que diseminó, como una primicia, por el país estas escuelas-palacios.

Y al nombrar a la Escuela Superior de Niñas, es muy difícil no recordar a la vez a su directora que fué el alma de ella durante muchos fructíferos años para la cultura femenina de esta ciudad, la señora Auristela Aranguiz de Droguett: maestra de maestras, la buca y maternal profesora de una gran parte de las mujeres rancaüinas. ¿Cuántos miles no fueron sus alumnas durante treinta años de apostolado?

CALLE INDEPENDENCIA

Desde la Plaza de los Héroes al Occidente, es la arteria mercantilizada por excelencia y fuera de ella y de su continuación, la Av. Brasil, (que bien pueden llevar un sólo nombre), no hay otra vía que fascine a la plaga de vendedores y viajeros que diariamente bajan de los trenes. Tampoco hay otra que ofrezca a los compradores locales, y de las haciendas y pueblos vecinos, negocios más surtidos, vitrinas más elegantes, vistosas e iluminadas y más competencia entre los mismos comerciantes. Puede decirse que ha monopolizado la actividad, dejando sin ánimos ni movimiento a las otras calles.

Como en las grandes urbes, nadie se da el lujo de vivir ahí en casas con habitaciones exteriores y las familias de los mismos comerciantes que residen ocupan las piezas y cuartos interiores o los altos y se comunican con el mundo civilizado por medio de esos desfiladeros de las Termópilas, los pasadizos.

Cada puerta que abre sus desdentadas mandíbulas ofrece algo que vender y presenta su escaparate con mercaderías. Es una copia de las calles San Pablo y San Diego y españoles y turcos forman la mayoría en ese pequeño cosmopolitismo, pues extraer a cualesquiera de esos negocios casi siempre el oído se hiere por el runruno pegajoso de las Z de los unos y por el retumbar estentóreo de las J de los otros.

* * *

Fuera de su aspecto comercial, no tiene casi atractivos. Ni su anchura o la elegancia de los locales ofrecen panoramas muy agradables que dejen un florido concepto; es nada más que una concurrida calle.



Sus casas la estrechan y le impiden que obtengan la amplitud que es tan necesaria para el desenvolvimiento cotidiano de los pueblos; el miedo de separarse las obliga a estar cerca unas de otras para conversar y decirse sus secretos.

La mayoría de sus construcciones son chatas, lisas y uniformes; se sienten aplastadas por la rutina de muchos años y son una demostración objetiva y muy ilustrativa de lo que es en general el ambiente desteñido que mantiene aprisionada a la edificación urbana de Rancagua.

El fondo no se ensancha en vistas que denoten el pensamiento movible de una ciudad que se remoja guiada por el impulso constante de renovación; de una ciudad que canta al compás de la pícoeta que destruye, del martillo y de otras herramientas y materiales que hacen levantar novedades donde sólo había moho, polillas, ruinas y vergüenzas para una capital de provincia.

Dijérase que el progreso tiene miedo de arrastrar todos esos vejesterios que cada año soportan con placidez

resignada y entusiasmo de solterona el acicalamiento de una capa de pintura.

En ese trayecto sonríe sólo a la vista y al pensamiento un paisaje mercantilizado, encontrando nada que pueda enorgullecernos y que sirva de coronación a una cultura esencialmente local o esencialmente regional.

Si bien es cierto que ultimamente se han construido edificios nuevos, algunos de dos pisos, y refaccionados otros al estilo más en boga en las grandes ciudades y que le dan en trechos una apariencia de calle moderna, en general no se destiñe la máscara de novedad que la cubre y que la hace formar parte de una aldea grande y algo dejada, pero comercial y bulliciosa.

* * *

Apesar de sus pretensiones de vivir al día con lo nuevo que aparece en el mundo, esta calle goza en dos cuerdas de la cualidad perfumada que le suministra la juventud decente en los atardeceres de primavera y vera-



no y en los anocheceres de otoño e invierno y antes del medio día en los domingos. Entonces se oye el rumor vaporoso y sutil de las galanterías que corren aladas. Es el paseo de las muchachas que buscan novios y de los muchachos de engominadas testas que buscan polola. Ahí ellos y ellas exhiben el traje nuevo y salen también a lucirse los noviazgos asegurados y ya oficiales y las últimas noticias de triunfos amorosos o de simples conversaciones entre ambos elementos.

Las angostas veredas de ese sector se hacen estrechas para contener a los grupos de paseantes y estos ocupan la calzada en tales horas. Es una calle Huérfanos en miniatura y a la vez es una nota que a muchos hace agradable su estadía en Rancagua.

* *

Aquí en la calle Independencia está todo el centro; es como una ciudad dentro de la otra, una ciudad cosmopolita embutida en un casi somnoliento poblado, una colonia extranjera con idiomas multiformes a la cual llegan también a comprar muchos indios... (como lo diría algún despectivo literato europeo o un Pío Baroja).

No es sólo el atractivo esta calle para los que salen de compras. Para todos los habitantes de aquí **EL RENDEZ-VOUS** está en ese trayecto y todos lo prefieren al ir y venir de un punto a otro. Para dirigirse al Teatro, al Correo, a la Iglesia, a la ocupación, al colegio los varios cientos de alumnos de ambos sexos de los establecimientos de educación, creen no ir al diapasón de la demás gente si no van por esta calle, aunque tengan que recorrer mayor distancia; se comprenderá que para volver es lo mismo. Es un ir y venir a toda hora.

En el sentido del exhibicionismo humano, mercantil y juvenil la calle Independencia, hasta la Estación, es una verdadera feria...

Flores del Pasado

En el centro de las avenidas Brasil y San Martín brotaron, cuando se hizo la pavimentación, hileras de cruces de cemento grisáceas, parecidas a evocaciones místicas de otras épocas más apropiadas para la adoración de signos religiosos, parecidas a flores que de repente salen del pasado a fin de que no olvidemos las tradiciones. (Rancagua se llamaba Santa Cruz de Triana y una de aquellas avenidas era parte de la calle del Crucero).

Durante el día, en medio del intercambio mercantil y de gente que va y viene, a veces sin sentido, guiada por la inquietud moderna y el paganismo en el corazón, en medio de voces que imploran o rien y del movimiento de carruajes, esos pétalos mecanizados pasaban desapercibidos y ni siquiera hacían vibrar los rincones cerrados del recuerdo. La multitud no se daba cuenta de que ese Símbolo, que nadie ha podido todavía destruir, se levantaba a su paso, humilde y airoso a la vez.

Pero era en las noches cuando mejor resaltaban sus líneas y sus brazos que inútilmente parecía que predicaran paz, amor, mansedumbre, humildad, justicia, en fin, todas las virtudes que queremos ver en los otros. Más bien aún se simbolizaban sus pilastras en las altas horas de la noche, cuando las calles estaban en sosiego y la ciudad dormía lo mismo que un animal cansado. Entonces las avenidas Brasil y San Martín semejabán pedazos de un camposanto o la imitación trivial de las viejas vías romanas...

Y todavía era más patética la sensación en los momentos en que los encargados del aseo arrastraban con pesa-

dumbre los erizos que barren y levantan la basura y la tierra, tierra que es sudor de muchas ambiciones y proyectos mundanos. El polvo, iluminado por las débiles lamparillas, envolvía, lo mismo que un sutil manto, a las altas siluetas de las cruces; éstas se hacían más blancas, (la ensoñación entonces tenía más belleza); destacaban mejor su forma y su soledad y el polvo era como el humo de muchos incensarios que las aureolaban ...



Después las autoridades se asustaron con tantas cruces en hilera y acordaron retirarlas. Vieron que esos postes, (fué ese el fin con que se les construyó), no eran apropiados en tales calles para colocar focos del alumbrado ni como puntos de mira para el tránsito, y se les sacó y dispersó en las varias plazas y plazuelas de la ciudad.

Ahora se las vé más solitarias en sus nuevos sitios y alegremente hacen colgar de sus cortos brazos sus frutos que se iluminan cuando empieza anochecer...

LA ALAMEDA

Hay que contemplarla verdejante y próspera, en su esplendor, cuando se encuentra su verdor en su primer esplendor, cuando se renueva con el soplo de frescura que viene de la tierra ascendente en el corazón de sus ramos verdes. En otros meses tiene una triste apariencia y se ve como un ave de tiempo en ruinas que mira hacia arriba los arcos de sus brazos para implorar piedad al cielo.

Hay que contemplarla esbucada, después que sus ramas, hojas y entenas han recibido la lluvia de innumerables agujeros de escarabajos que se abren y se hacen transparentes con el sol, se tornan blancos y dorados al pasar de la brisa.



LA ALAMEDA

Hay que contemplarla verdegueante y primaveral para encontrarle su verdadero primor, su rústico primor que se renueva con el soplo de eternidad que recibe la savia ascendente en el corazón de sus viejos árboles. En otros meses tiene una tristeza apagada y es como una nave de templo en ruinas que emite hacia arriba los arzones de sus brazos para implorar piedad al cielo.

Hay que contemplarla exhuberante, después que sus acacias, olmos y encinas hayan recibido la lluvia de innumerables lágrimas de esmeraldas que se abri llantan y se hacen transparentes con el sol y se tornan murmuradoras al paso de la brisa.

Así es como se la desea y se la quiere: hermosa con sus risotadas ungidadas de clorofila.

Es como un verdoso y tranquilo río que sueña en el costado norte de la antigua población, río de oleajes tenues y con aguas inofensivas que no salen de su cauce, espesas y mansas iguales a las del Mar Muerto. Vista desde gran altura la ciudad, esfumados en el azul todos los colores, la ilusión de aguas mansas debe ser perfecta; de ese modo, desde un aeroplano, puede pensarse que a Rancagua baña y refresca en sus plantas una ordenada corriente que se aprisiona y encuadra en un lecho parejo, un río raro y pobre que carece de afluentes y desagües: no llegan hasta él otros hilos gruesos del mismo color, desde las entrañas de la ciudad.

*
* *

Con su abandono terroso y antiguo es nuestro paseo más genuinamente campesino. Da una impresión inconfundible. Sencillos sumos de arte exprime con humildad al rejuvenecerse en cada año y no ostenta el atractivo fuerte o siútico de otros sitios. Tiene un alma propia y eso le basta.

Por desgracia para su prestigio y para el embellecimiento y urbanización de Rancagua, no ha llegado hasta ahí con vigor todavía ese soplo de progreso que va salpicando poco a poco a nuestras calles de nuevas construcciones. Se vé así limitada por edificios feos y viejos en su mayoría, con tejados que parecen chambergos alones al sobresalir hacia las veredas. Son habitaciones de diverso aspecto; algunas tienen decencia y hasta cierta pretensión señorial de elegante coloniaje; pero las más se aletargan y viven amortajadas en el ropaje obscuro

de lo antiestético y en general se uniforma su edificación con el pavimento y con otros abandonos demasiado visibles.

¿Por qué nuestros ricos no van a levantar allí sus residencias?

Quien oye decir Alameda en una ciudad que no conoce bien, se figura lo mejorcito que hay en cuidado, en habitaciones, en jardines y rostros y cuerpos de mujeres que van a pasear y a lucir sus encantos. Alguien que llegue hasta aquí puede también engañarse con la misma idea, pero al palpar la realidad sufre una gran decepción y se reconcentra contemplando una ancha avenida que sólo tiene, fuera de sus árboles, una pila o fuente que desgrana poemas cristalinos a la soledad...

*
* *

¡Qué triste no se sentiría la Alameda si no recibiera las caricias del murmullo de las aguas que corren, saltarinas y locas, en sus acequias adornadas por las yerbas silvestres que crecen en sus orillas!

¡Qué abandonada no se sentiría si no estuviera junto a ella la Cancha de Deportes! La juventud que gusta de los ejercicios físicos y los aficionados a observar sus juegos y contiendas, en su ir y venir, en particular en los días festivos, le llevan noticias del dinamismo que reuerce y emponzoña, como enorme y complicado culebron, a la ciudad que se desparrama a su lado del sur; le acarrearán frases alegres de aliento, gritos, risas y pisadas que la hacen despertar de sus cabeceos.

¡Qué dura e insensible fuera si no endulzara diariamente sus fibras con el dolor que siente estremecerse en

el Hospital! Sólo ella sabe de los sufrimientos que atenan a los que llegan hasta ahí; sufre con esos dolores y los ayes que siente palpar los recalca más, los copia y alarga en coloridos ecos, en el verso del agua de sus acequias, en la canción de sus frondas y en el temblor de los ramajes escuetos en el invierno.

LA BRADEN

¡El Teniente! Palabra mágica, vistosa y sugestionante que entusiasma cual una nueva California a muchos chilenos de todo el país; y estos hombres que heredaron de sus antepasados hispánicos un poco de picazón aventurera, acuden diariamente a solicitar trabajo a las oficinas de Rancagua. De este modo, un gran número de los que laboran en las pertenencias norteamericanas son ciudadanos que han venido de todos los puntos de la República.

Pasadas de moda un poco las salitreras, a los judaserrantes chilenos les ha quedado el aliciente de los minerales de Potrerillos, Chuquicamata, El Teniente y el conventillero afán de Andacollo y de los otros lavaderos de oro que han crecido como maleza en todas partes para ilusionar a nuestros ilusos compatriotas...

Pero esto de la Braden no debe ser sólo un cencerro para los de aquí; debe ser verdadero su prestigio, debe ser real su encantamiento, ya que acuden personas de varias otras nacionalidades más o menos anglo-sajonas, las cuales ocupan puestos y situaciones muy superiores a las que pueden alcanzar los nativos, con iguales méritos y preparación...



Al no tener idea de lo es en conjunto, la estación de la Braden Copper Co. en Rancagua, se la figura una especie de desvío de la línea longitudinal, sin nada de originalidad febril como las hay por cientos a lo largo de la red de los F. F. del E. E.

Más, conociéndola mejor, se comprende fácilmente la grande obra de esta compañía norteamericana, (claro

que en primer lugar actúa en beneficio propio, como sucede en todo lo que pone la mano o la inteligencia el hombre). Ese es un mundo de trabajos materiales y numéricos y en las oficinas, en la maestranza, en las bodegas y patios, en los trenes de carga y de pasajeros, en general en lo que es Braden, es toda actividad constante, de día y de noche. Si es una especie de pedazo industrial de Estados Unidos que incrustaron forzosamente en uno de los barrios más inatractivos de Rancagua, barrio que se ha visto obligado a tomar, a causa de estas circunstancias, un colorido de campamento atestado de hoteluchos, de casas de pensión, de cantinas y de negocios que necesitan atraer, embrojar y estrujar a los mineros que bajan ansiosos y despilfarradores, desprendidos y botarates y apropiados para «pilotos»; bajan de Sewell, de Coya o de Caletónes con unos cuantos cientos o miles de pesos en los bolsillos y a quienes subyugan especialmente, (desde los remotos tiempos ha sido lo mismo), dos atractivos a



los que se entregan aquí sin nada de temores o precauciones: el licor y las niñas de las «casas alegres».



Trabaja en los talleres, oficinas y en todo el recinto de esta compañía en la ciudad un gran número de personas, divididas en empleados y obreros; y en las horas de salida, al medio día y en la tarde, desde los portones que dan a la calle se desborda un enorme hormiguero humano para repartirse hacia todas las direcciones y distribuirse en todas las arterias. Otro tanto acontece cuando botan esas puertas la gente que llega en los trenes del mineral.

Durante el día entero hay actividad también en sus alrededores. Ajetreo de personas y de vehículos hay a cualquiera hora, no sólo del personal de ahí, sino a la vez de los que aspiran un puesto de empleado o de obrero, ya sea en ésta o en los diversos campamentos. Hay movimientos, cambios y transporte, tanto de las mercaderías,



bultos y torrijas de cobre que vienen de arriba, como de los artículos que van a embarcar para el consumo y el uso de los varios miles de habitantes que viven en medio de los cerros cordilleranos y que ayudan a extraer, para que se la lleven los yankees, esa huya roja de nuestras montañas

* * *

Además de las riquezas que a la localidad deja la Braden, pues a ella se debe gran parte de la vida activa que tiene en todas sus manifestaciones materiales, particularmente en su comercio, además presta para su adelanto el edificio de sus oficinas situado en Av. Millán; moderna construcción que reemplazó a la otra antigua incendiada cinco años atrás y que por sí sólo es un buen motivo de hermooseamiento urbano.

* * *

La estación de la Braden y todos sus campamentos son un pedazo de Yanquinlandia apegado a nuestra ciudad como el quintral, pero no sabemos distinguir bien si el quintral es la Braden para Rancagua o es Rancagua el quintral para la Braden ... Depende de como se les mire ...



PLAZA DE LOS HEROES

Plácidamente la campiña dormía y un raro capricho, untado en fervor religioso, inclinó al fundador de la nueva villa, don José Manso de Velasco, a delinearla adentro de un cuadrado, colocando la plaza en el centro, a la que cortaban dos calles en forma de una cruz. (Ingratos los rancagüinos, con nada hacen recordar a su padre y fundador, ni siquiera con el nombre de una calle).

Es lo que le dá un tinte único entre las plazas diseminadas a lo largo del país; en las otras llegan las calles por los ángulos; en la nuestra se forman cuatro rincones que hacen recordar antiguas posadas. Son rincones simétricos, casi muertos, sin actividad, que en las tardes de estío invitan a dormir una siesta. Rincones taciturnos llenos de calmas crepusculares; cualquiera persona va por ellos insensible, no llamado por las luciérnagas del aviso eléctrico, ni por la sutileza en la baratura y novedad de los negocios, ni por el encanto de lo bello o lo desconocido.

Esta misma forma de la plaza ha contribuido a mantenerla en una especie de ceniciento letargo en sus construcciones que con cara de esfinge la circundan, anticuadas y feas, con gordas murallas llenas de voces antiguas y en cuyos tejados alojan los murciélagos. Envueltas por los soles de antaño, aprisionan el lento vaivén y el olor de zahumerio de las viejas costumbres.

Son edificios que friamente la rodean por sus cuatro costados desde hace 50 o 100 años, edificios que carecen de energía moderna y permanecen casi dormidos frente a las diarias manifestaciones de actividad actual y ni se mueven o atraen al progreso. Ahí no soplan los vientos que echan a volar lo que ya hizo su época para levantar sobre sus cenizas el postrer eslabón de lo llamativo, de lo útil y de lo hermoso, con cierta lumbre diabólica que gusta a las multitudes.

¡Simpática plaza, refugio de todos los ociosos! La envuelve placenteramente una mixtura descolorida y posee aún en ciertas horas la calma romántica del pasado con gusto a almibar de la idiosincracia provinciana. Ella es

el lugar donde se encuentran las amistades y es lo primero que mostramos, con decantado orgullo, a las visitas.

No ofrece el atractivo de muchas sombras cuando el sol barniza y dora a la ciudad en las mañanas estivales y en las tardes dormilonas y causadas, cuando los momentos suspiran con los arrebatos que producen los celajes del oro cálido que cae en lluvias desde lo alto. Las frondas tupidas y acariciantes no brindan el regalo de las viejas canciones que el viento hace llorar entre los ramajes olorosos.

Lo que la moderniza un poco es la estatua de O'Higgins en el centro y el edificio de la Intendencia.



En los juegos de serpentinas, en las Kermesses y los Corsos de Flores rejuvenece y se encuentra llena de genitío. También, durante todo el año, en las horas de música se aviva con inflamaciones jubilosas, tanto en el paseo de afuera como en las avenidas interiores; se harta con el bullir incesante de la inquieta vida civilizada que hace poner en práctica una agradable sociabilidad entre las gentes. En esas horas en que la Banda de Carabineros, sabiamente dirigida por la artista batuta de su maestro, esparce el aletear de los compases musicales, desempeña bien la plaza el papel de «hall» de la ciudad. Las personas se sitúan entouces de pié en grupos o sobre sus escaños se colocan en largos y murmurantes rosarios, donde las palabras tienen extrañas suavidades de comadres chismosas. Y todos ríen y conversan sobre vulgaridades casi siempre.

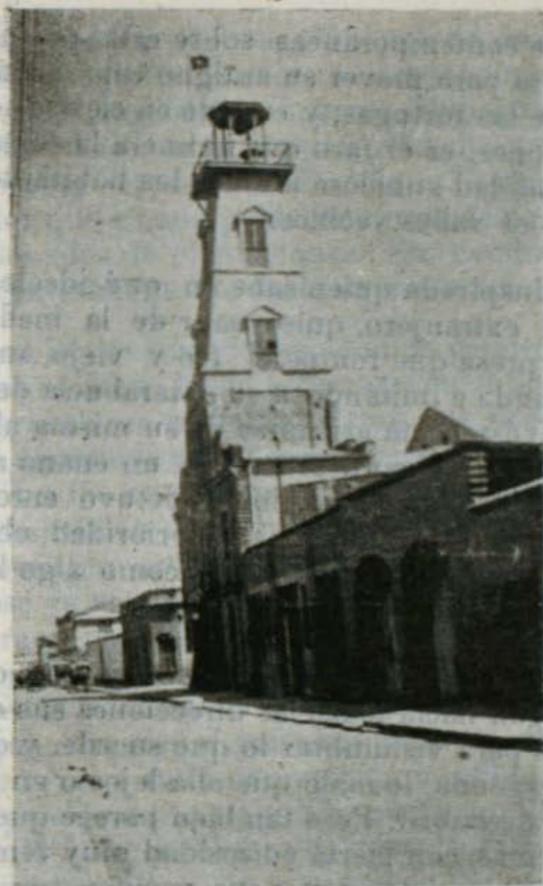
Hasta no hace mucho tiempo la gente se paseaba en gran número en la mitad del paseo, en el radio que que-

da cerca del kiosko; sobre todo la juventud lo hacía con entusiasmo; se veía concurridísimo, lo que era muy agradable. Las muchachas y damas lucían sus cuerpos, sus trajes y sus pinturas y los pololeos se armaban a menudo ahí.

Después, poco a poco fué decayendo esa costumbre y se ha llegado a lo contrario: todo el mundo se sienta y casi nadie anda; talvez, como lo dijo en cierta ocasión un cronista local, nadie se pasea para evitar que las personas que ocupan los asientos les saquen el cuero... El trayecto de moda para darse vueltas está hoy día en un pedazo de la calle Independencia.

Si perdió aquel encanto, en cambio conserva siempre el sortilegio de anhelantes y mundanos bullicios que atrae multitud en las horas de reunión, de fiestas y de solaz. La tranquilidad monástica que la orlaba en otros tiempos se ha ido deshojando lentamente y la violenta actividad de un pueblo que se renueva va con sacrilego empuje arrasando añejos hábitos y las humildes bellezas de la paz aldeana.

Torre Bombaril



Trazo cubista, perfil de antena que carece de estética, hacia el firmamento se alza entusiasmada por vientos que desafían revolucionarios, como queriendo desligarse del enorme pulpo de fealdad que la aprisiona en sus plantas y extiende su vista a doce o más cuadras a la redonda y busca al éter y a las nubes sutiles.

Sin pensarlo, tal vez, se ha constituido en el mástil que atesora y dilata el perfume heterogéneo de todas las an-

sías contemporáneas sobre esta población abigarrada y lenta para mover su antiguo caparazón de edificios, igual que las tortugas; y cuando en ciertas noches enciende sus pupilas, es el faro que anuncia la cercana existencia de vitalidad anhelosa a todos los habitantes y a los viajeros de los valles vecinos.

Inspirada quien sabe en qué ideologías que aprendió del extranjero, quiso salir de la mediocridad y es una sorpresa que rompe el feo y viejo uniforme; quiso ser grande e imitando a su tatarabuena de Babel, elevóse y elevóse hasta asustarse de su misma altura, pues ya parecía un gigante al lado de un enano al compararse con las demás construcciones; detuvo entonces su vuelo y con su espigada y fría superioridad observa a lo que deja atrás, a lo queda abajo, como algo liliputiense que ni puede olfatearla siquiera...

Es el guardia que tenemos y sus ojos rectangulares largan hacia todas las direcciones sus escrutadoras miradas para vislumbrar lo que sucede, y delatar a quien corresponda, lo malo que allá lejos o en las cercanías pueda descubrir. Pero también parece que se empina un poco más, con cierta curiosidad muy femenina, para estudiar con detención a sus vecinos, sus movimientos, sus acciones y sus intimidades familiares. Ella vé lo que sucede en los patios, en los corredores, en los sitios y hasta en las habitaciones de las casas que están a su lado o a poca distancia; por ahí cerca para ella no hay secretos y sabe quienes viven y por qué se mueven.

Esbelta, paradoja de rascacielos, superior al conjunto, blanquecina cuando ríe el sol, casi plateada cuando nos mira la luna, larga, parecida a un trozo modernista al cual los ignorantes no le podemos encontrar arte ni sen-

tido común, desempeña muy bien el papel de mirador de la ciudad y desde ella se vé como se desparrama ésta en una serie de manchas de color marrón, salpicadas comunmente de cuadriláteros grises y acariciados en todo sentido por las nubes arrastradas de colores verduzcos, dando a entender que es una población provista de quintas y sitios tachonados de plantaciones. En cambio, las calles se deslinean estériles, sin nada de verduras.

Desde ahí también se goza del espléndido panorama y de la belleza que se dilata hasta esfumarse en el horizonte de la rica y hermosa campiña en que está situada la ciudad. Lo más agradable en su crecimiento espigado es la lección que dá a los rancagüinos para que hagan más atrayente la presentación de su pueblo, borren su pobre perspectiva y levanten edificios altos, de varios pisos, abandonando ese ya arcaico hábito de las casas bajas, que denotan atraso, pobreza y falta de espíritu público y de ideas de progreso. Enseña, metafóricamente, que hay que ir hacia arriba, en todas las manifestaciones humanas, que hay que desechar el paisaje clásico y colonial español para inspirarse en la neurastenia nerviosa y espasmódica del paisaje estilo siglo XX neoyorquino, que tiene esqueleto de fierro y cerebro de cemento. Nada de poesía sin fin práctico.

Con su presencia nos anima, nos reconforta, nos inculca proyectos de engrandecimiento colectivo para que abandonemos la rutina imperante. Al aproximarnos en un tren o por los caminos polvorientos, o si la observamos desde el campo, nos pestañea, con un poco de burla, para que la sigamos e imitemos su ejemplo.

Su insinuación no ha caído del todo en el vacío, pues Rancagua ha ido cambiando paulatinamente. Y cuando en el futuro se escriba la historia arquitectónica de la

ciudad, imitando a una conocida y famosa frase, se dividirá la narración en dos períodos marcadamente diferenciados y tendrá que decirse: antes de la torre bomberil y después de la torre bomberil...

Cuadra Musical

Nuestra calle Independencia tiene actualmente, como algo muy suyo, entre sus pocas novedades brillantes, un pedazo musical. Es el paréntesis de arte que hace alivianar algo su rostro prosaico, es la brisa alada y blanca que sale del montón de materialidades para embriagar al alma con melodías.

Una rara coincidencia ha sido que se encuentren en el trayecto de pocos metros las Agencias de distintas marcas de Victrolas, discos y Radios. Quizás, hermanas o primas al fin, se han buscado y en ciertas horas allí la

música se impone; los demás negocios situados cerca de ellas se sienten apocados con su silencio y su mudéz y aún las voces de los empleados y vendedores que pregonan las cualidades de las mercaderías se sienten modestas y descoloridas al lado de las notas que llenan todos los vacíos. Entonces ningún otro ruido sobresale en ese espacio.

Las soberanas son las radios y victrolas. Imperan y no hay otra actividad que pueda igualarlas o superarlas. Imperan y sus celestes chisperías vuelan y hacen reventar, junto con sus acordes, un leve embrujamiento adornado de ensueños en los corazones de la juventud que cuando llega el atardecer se pasea en esas pocas cuadras del centro. En esas horas en que el día va paulatinamente abrazándose con la noche y en que las muchachas inventan un fútil pretexto para salir a callejear, es cuando las Victor, las Brunswick, las Columbias y los parlantes de las radios se hinchan de entusiasmo y cantan y tocan piezas e instrumentos y hacen alivianar algo la aridez de nuestra calle principal. Durante el resto del día repasan las piezas del repertorio escogido que harán sonar más tarde.

La gente se agrúpa a veces en las puertas de esos locales sonoros a escuchar las melodías, canciones y obras de los mejores artistas nacionales y de los más lejanos y más notables artistas contemporáneos o desaparecidos, cuyas producciones parece que salieran como por un en-

cantamiento del interior de esos aparatos tan reducidos para derramar esa enorme potencia acústica. Los chiquillos y los obreros se detienen, en las veredas; algunos se introducen con curiosidad al interior de las salas y cerca de ellas hallan un buen motivo para disimular su falta de acción y su ociosidad. Muchas jóvenes se quedan soñando al oír el arrullo acariciador de las notas bailarines y rememoran entonces, con todos sus detalles, tal o cual fiesta o reunión social en que bailaron con Fulano o Perengano, apretados, un zangoloteado fox-trot o un epiléptico tango. ¡Qué evocaciones no saltan!

Hay ciertos momentos en que las máquinas, talvez siguiendo un compromiso silencioso entre ellas, ejecutan algo así como una competencia para conquistarse la admiración del público; cada una parece que pretende realizar mejor su deseo de superar a las otras y hacen resonar con más naturalidad y potencia los sonidos que se aprisionan en sus gargantas. Todas se conducen admirablemente; pero lo que llama la atención es que nunca han llegado a ponerse de acuerdo para hacerle cosquillas a un tiempo, bajo un sólo compás, a un mismo disco o transmisión y dieran así a los oyentes especies de grandiosos conciertos con ejecutantes que ocupan una gran extensión...

Esta música diaria, gratuita y escogida que atrae aficionados y que anima al paseo de las tardes muestra el grado de comprensión artística que han alcanzado los rancagüinos, grado modesto si se quiere, pero digno

de tomarlo en cuenta. Y quizás si lo más curioso que se consiga con ella será que un pedazo de la calle Independencia se está afinando; igual a un instrumento, que mientras mayor tiempo trascurre de uso constante más va aumentando su sonoridad, la cuadra musical está adquiriendo poco a poco una agradable acústica, lo mismo que los teatros y salas de concierto. Y después, cuando hablemos o gritemos en ese trayecto, nuestras voces serán hermanadas y alargadas por ondas y ecos, y tomarán entonación en las paredes de los edificios, en las puertas, en los vidrios y hasta en el pavimento...

El Palacio de la Intendencia

Construida para otros tiempos de una apacible capital de pequeña provincia que no sentía forzados ni seguros ligamentos con los gobiernos de la Moneda o con los representantes legislativos, vivió también la apacible vida provinciana, contenta de su suerte, tranquilamente empoltronada. De cuando en cuando añoraba viejos episodios locales y gustaba con fruición los condimentados pelambrillos y comentarios de todo pueblo chico, cerrando los ojos con cierta desdeñosa indiferencia para que no se orientaran ni precipitaran en ella por completo las ideas de modernización o de cultura que la hicieran el foco de la región en todo sentido.



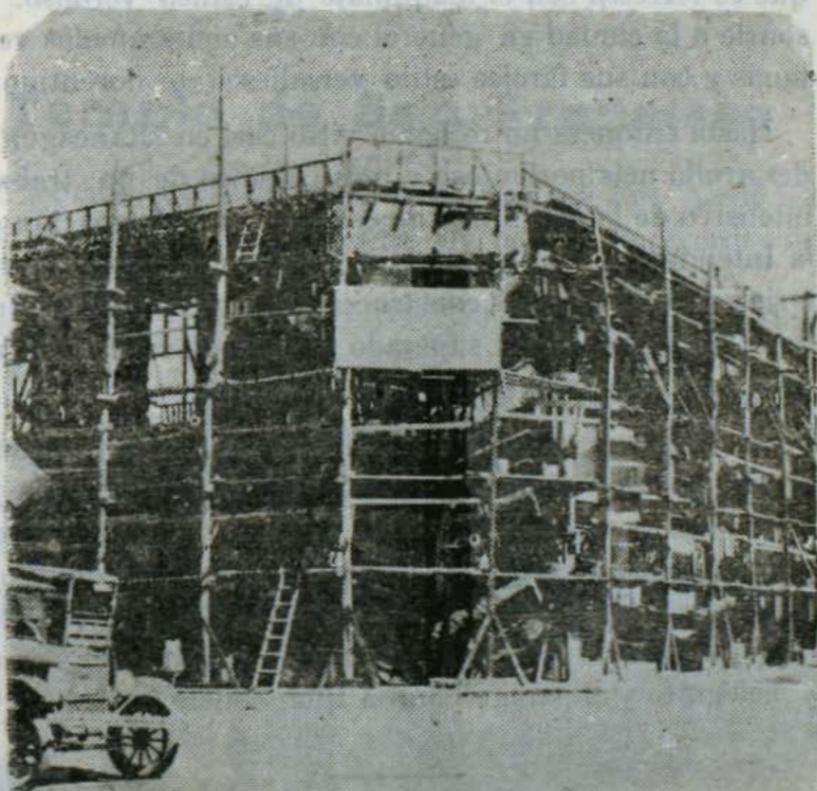
El Palacio de la Intendencia

Verso suave que rimaba con los otros edificios de la plaza, no podía renovar sus frases porque entonces desentonaría en la arcaica estrofa; así nunca sufrió algo extraordinario que le hiciese cambiar de tonos y, cuando más, la vestían con el traje común de una nueva capa de pintura o de la renovación del papel y de los colores de sus salas.

Pero, hará a esta fecha unos cinco o seis años, sufrió un soplo de agitación, un repiqueteo ensordecedor producido por trabajos de remozamiento. La cubrió la frenética y nerviosa telaraña de los andamios y debido a esa acción se desprendieron reboques y desplomaron tabiques y antiguos enmaderados y cornizas que parecían tener vida perpetua. Los terrones cayeron por millares,

semejando a fugaces aerolitos, y el polvo voló hacia arriba para formar, al recibir la luz, un velo de glorias sobre la nueva majestad de la casa del gobierno provincial.

Todo cayó para que sus cenizas recibieran el hálito de la moderna idea arquitectónica impulsadora de ese movimiento de transformaciones locales. Si parecía ese rincón de la plaza un pedazo central de Santiago trasladado a Rancagua en una noche de embrujamientos, un



trocito de la Capital que se renueva cambiando sus elegantes casonas por rascacielos.

Los maestros, carpinteros, albañiles y demás operarios menudos estaban a sus anchas y todos fueron durante algunos meses los reyes y señores de ese recinto. (Había plata de sobra que todos pagaríamos después. Eran los tiempos del Presidente Ibáñez).

Como tenía que suceder, resultó una hermosa fachada que se refresca con el maquillaje de estuco verdoso. Y sonríe a la ciudad en general con sus enmarañadas ventanas y con sus faroles estilo versallesco o florentino...

Hasta entonces no se había visto casi en Rancagua el desarrollo más portentoso y más fastuoso de un trabajo intensivo de la magnitud de ese de la transformación de la Intendencia, con tanta actividad de hombres y de materiales. Solamente las construcciones que ejecuta la Braden Copper la habían superado o igualado en despliegue y en derroche de energías de todas clases.

No solamente salió favorecida la mansión de los señores representantes del Ejecutivo, puesto ocupado en la actualidad por don José Santos León, sino que ganaron al mismo tiempo todas las oficinas fiscales que ahí funcionan, y, todavía, se le agregaron otros buenos edificios que son un adorno para Rancagua: el edificio del Correo y Telégrafo y el garage para la Intendencia....

Templo de San Francisco

Llegando a la ciudad por el camino del sur, desde lejos, ya desde el puente del río Cachapoal, se recorta con



majestuosidad la silueta de la Iglesia de San Francisco. Y desde la distancia, severamente, hidalgamente, anuncia que se está sólo a unos pasos de la población y del hogar rancagüino que talvez hace aletear una esperanza y, cascabeleando a veces sus campanas, invita a que se pase sin cuidado al seno de la localidad.

Es algo así como un centinela de Rancagua colocado en su entrada del sur, dispuesto a anunciar los peligros que por esa dirección alguna vez llegaran y que indaga la lejanía por si se acercara un invasor...

Para los viajeros que ya vienen rendidos sirve de estrella que anuncia hospitalidad y bonanza.

Al no conocerla, se imaginaría que lo que se ve son ruinas de un viejo templo o de históricos monumentos que los años han podido respetar.

Estando más cerca, la perspectiva cambia, las líneas se aclaran y toman tonalidades elegantes y de la masa informe, color terracota, van surgiendo contornos y perfiles rectilíneos que forman pronto un frontispicio de cal y ladrillo poseedor de molde clásico y de hermosa esbeltez, proporcionándole un aspecto serio de dignidad que convida a la meditación y que invidiarían muchas iglesias del país.

Su pórtico o atrio en actitud acogedora, sus pilastras y

arcadas y las almenas que le coronan le prestan mayor nobleza y el dibujo en conjunto toma estilo y el matiz de un templo que irradia armonía. Y así cúbrelo el tupido velo blanquizco de polvo que se ha ido levantando con el tránsito de las calles vecinas desde largo tiempo atrás: es una calidad de pátina que le da majestuosa dulzura de añoranzas de casas de épocas que ya fueron...

La Casa del Señor abre luego sus brazos y la sonrisa de sus puertas entornadas sugiere místicas ensoñaciones e invita a orar y a meditar al viajero que viene desde lejos, como también al intranquilo y creyente poblador de la ciudad que piensa que es nada más que un viajero que pasa por este mundo para llegar a lo desconocido...

Y cuando de repente se observa entre las pilastras, como una aparición o una visión irreal, la figura de un padre franciscano con su traje de greda, pensamos estar ante un cuadro pintado en la era del medioevo.

En las festividades religiosas que en su interior se celebran, las altas naves adquieren musicalidad, igual que enormes cajas sonoras, cuando teclean en su órgano, el mejor que hay en toda la zona. Se estremecen no sólo las naves, se conmueven también, riendo las columnas blancas que parecen de mármol y el templo entero, al querer volar los millares deavecillas en que se transforman las notas del gran instrumento, al querer expandirse y huir porque esa jaula se les hace estrecha

Es por eso que el órgano a veces se oye desde lejos.
Y como su música va directamente al corazón, muchos
incrédulos se han convertido escuchándolo solamente...

PLAZUELA ARGENTINA

En ese recorte de la esquina de una manzana el silencio a menudo adormece sus instintos humanos y alarga



sus horas perfuradas de tedio para gozar mejor en sus ensoñaciones. Ha encontrado ahí un refugio que al oído le entone y le sople calladamente unas cadencias raras que él sabe comprender.

El torbellino de la evolución aun no ha llevado su estruendo ni ha horadado estas calles lejanas para colocar ramilletes de novedad sobre las ruinas y los recuerdos de otras generaciones. Y es por eso que los jardincillos y los camellones que los separan son pobres y humildes; son como una parodia de lo que existe en otros paseos.

Quietud emana por todos sus límites y solamente recibe calor de vida palpitante cuando una pareja de enamorados holla su suelo para esquivar un poco las miradas de los otros.

Los estudiantes suelen a veces llevarle noticias del mundo al buscar allí el escondite para auscultar la ciencia insípida en sus libros; o también la adorna una visión tierna, una estatua hecha movimiento, cuando una muchacha de la vecindad, aburrída o un poco amiga de la literatura, llega a leer novelas románticas en los atardeceres tibios y sonrosados como sus mejillas y como sus bocas.

Los árboles que la circundan, enormes y patriarcales, entrecruzan sus ramajes y su aroma de primavera y su frescura se expande en todo el barrio, dejándole un vaho oloroso.

Encajes de sombra y luz hacen temblar en las veredas cuando bajo un cielo de oro impera aquella estación y enrejados se retratan en el pavimento en placas móviles y de un color desfigurado.

El Liceo de Niñas la alegró durante un tiempo; daba frente a la plazuela; las alumnas, al salir a las doce y en las tardes para diseminarse en todas direcciones, con el vaso de la alegría en sus labios, le vertían el dón de sus gritos, de sus frases y de sus locas y cantarinas carcajadas contagiadoras de entusiasmo juvenil; ellas fueron así de este sitio el sonoro campanileo que hizo huir al silencio que a menudo ahí se adormecía y alargaba sus horas. Los floridos aletazos de esa edad feliz le inculcaron sabores de humanidad y aprendió a comprender mejor y conocer más bien que otros sitios la algarabía y los secretos de una época de la vida empapada de ilusiones que hacen ver todo de bello color, ignorándose aún el agridulce que ofrece la existencia...

La Escuela Vocacional, que ahora está en ese edificio que antes ocupaba el Liceo, le convida todavía un poco de agitación juvenil, una especie así como un remedo o un eco de la agitación que tuvo antes ..

La Plazuela Argentina es algo resaltante, algo verde pegado en esas calles escuetas, sin árboles, rígidas, cortadas a compas en cada cuadra, calles de casas iguales, frías como celdas de cárcel para el transeunte, orgullosas,

calles donde no brilla el color vivo o vanidoso de un chalet con jardincitos junto a las veredas.

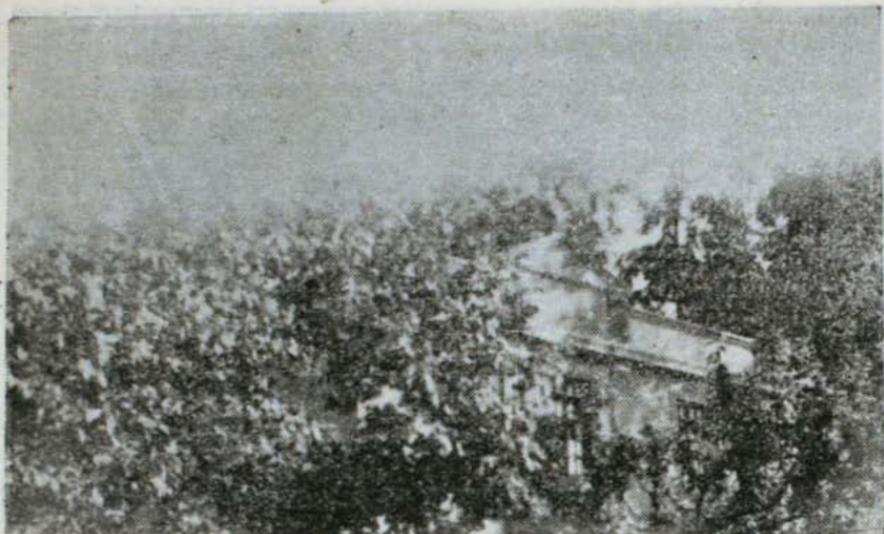
Apesar de no comunicar mucha belleza ni alegría o animación, es la única obra que decora al sur-oriente rancagüino.



Las Esquinas Enjoyadas

No son muchas las esquinas que han recibido el dón ornamental de construcciones agradables, buenas y alegres; no habría importado que no fueran de lo más fastuoso, lindo o moderno, pero que en todo caso prestigiaran en cualquier tiempo al punto en que están colocadas y a la ciudad en general.

Los propietarios rancagüinos se nos figura que han tenido miedo de edificar casas que salgan de lo común, que se distingan por su personalidad y que sean a la vez notas de embellecimiento urbano. Y así como las manzanas carecen casi siempre de pinceladas polifacéti-



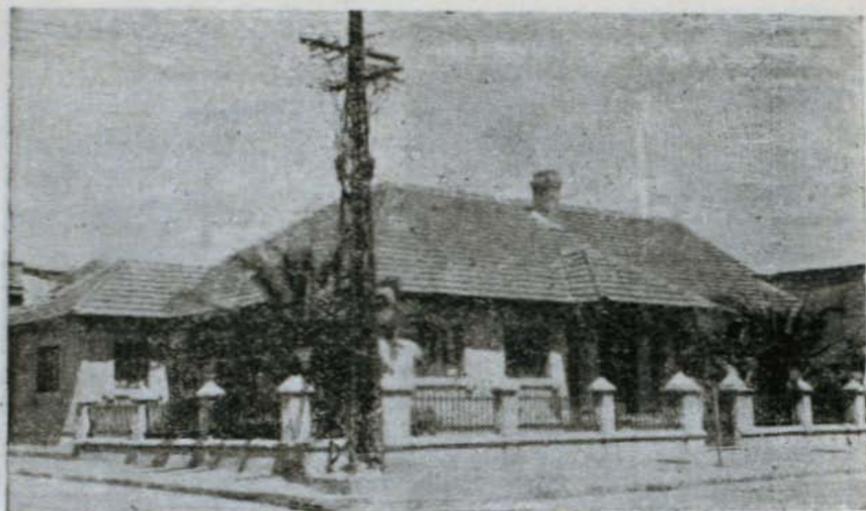
cas, también tienen tal defecto, generalmente, las esquinas; de manera que las pocas que pueden contar con un frente que sobresalga, tendremos que llamarlas Esqui-





nas Enjoyadas; en realidad merecen este nombre si las comparamos con las demás...

Tenemos, por ejemplo, la casa del fundo El Puente, que puede considerarse como algo muy local, ya que está situada en la avenida Millán y enfrenta a la calle Estado. Es una hilada de piezas con viejos árboles, con largos corredores que resuenan como claustros al pisarlos y con aromados jardines que se defienden por medio de rejas en toda la extensión. Expande bondad a quien la observa o llega a cobijarse en sus aleros. Edificios así del siglo XIX atesoran todas las tradiciones, recuerdos y secretos de las antiguas familias chilenas que encontraron en la agricultura y sus derivados solamente el trabajo honorable para sus miembros



Tenemos un poco más abajo, por la misma avenida, las habitaciones de don Luis Trénova, provistas de un hermoso parque y grandes y frondosos arbolados que egoístamente se esconden para que no las vean los peatones de las calles vecinas y que se comunican con el mundo profano por medio de un pasaje cuajado de casas de renta y donde el sosiego duerme a veces sus siestas.

Las otras vistas que ilustran estos párrafos corresponden a conocidas residencias que todos ven a menudo y que contribuyen a dar a la ciudad, en las esquinas donde están situadas, cada una a su manera, cada una con su sello propio y su estilo arquitectónico que le señaló el constructor o el dueño de la propiedad, sello antiguo,



medio colonial o modernizado; ya levantadas años atrás o de más reciente confección; cada una encierra un encanto y un perfume especial.

Varias están en el centro de la ciudad; entre otras, la de don Alberto Talbot, la de don Arturo Pacheco F. y la del Dr. don Juan Chiorrini; y algunas miran a la población desde las avenidas que la circundan, como la de don Juan N. Rubio, la de don Julio Bravo, etc.

Casi todas tienen jardines y palmeras grandes y gordas que se abanicán y contornean cimbreantes con los grandes dedos de sus hojas. Sobre cada una podría escribirse un artículo aparte, pero es mejor dejar ese ar-



tículo, en la región de los ensueños y que cada lector lo hiltane a su antojo cuando pase delante de ellas...



EL BUEN PASTOR

Más allá del límite urbano de la población, pero que queda hoy día muy cerca del centro, está situado este establecimiento que, como su nombre lo indica, abarca varios apostolados: es asilo de niñitos pobres, es retiro de ancianas indigentes, es protector de niñas en estado de perderse en el fandango humano y, desde la antigüedad, (y parece que fué fundado para ese único objeto), es el presidio de las mujeres que caen en poder de la justicia, no de las mujeres que solamente han pecado...

Ahí han purgado sus faltas y sus deslices y han vivido por largo tiempo o transitoriamente las que han muerto a sus maridos y a sus hijos, las ladronas, las asesinas o encubridoras de delitos, las que han caído engañadas por el primer amor pecaminoso que no se sabe cuando

hace resbalar, las muchachas porfiadas, irreductibles e incorregibles ante los consejos y bondades de sus padres o de sus tutores. Allí han ido las Magdalenas a sufrir y a llorar, a implorar perdón a Dios por sus faltas y a pedir que llegue otra vez pronto la ansiada libertad .. (Y algunos políticos quieren engañarnos diciendo que el feminismo es una cosa sólo de estos últimos tiempos).

Sus celdas y sus patios han sido testigos impertérritos de cuántos sufrimientos y maldiciones, de cuántos arrepentimientos regeneradores de las desgraciadas que llegan a ocuparlos!

* * *

Está el Puen Pastor en un sitio que siempre ha sido igual, que no cambia desde tiempo atrás, que no se renueva ni subdivide en calles, que no siente el placer de ver levantarse edificios bonitos, que no se ramifica en poblaciones que sirven de olfateo al porvenir de las ciudades. Quizá si ha influido para que suceda tal paralización del instinto de desarrollo urbano de Rancagua en esta dirección, la Acequia Grande, la que obliga a la ciudad a retacarse en sus orillas, a ponerse un deslinde por el lado oriente, impidiendo de esta manera que se alargue en tal sentido en barrios altos como Santiago con su Providencia, su Ñuñoa, su Los Leones..

Pero semejante aletear de progreso habría sido perjudicial para la obra que desempeña una casa de presidio y de corrección. Ro leada de edificios alborotados, de comercio, de vida y de ajeteo mundano, sufrirían sus métodos y sus reglamentaciones y la tranquilidad que posee y necesita y no desempeñaría fielmente la misión que se le ha encargado. La pasividad en su redor es alia-

da de su obra y las buenas hermanas, las monjitas de la Congregación del Buen Pastor, con sus tocas severas de viudas enlutadas, que tan sabiamente administran el establecimiento, verían entorpecida su labor de sacrificio y de abnegación; ellas necesitan silencio porque, como si fueran también recluidas por la justicia humana, se enclaustraron voluntariamente, llamadas por una inspiración del cielo, por una orden divina.

Y también, con un vecindario bullanguero, no saldrían más buenas de su interior las reos y las protegidas, y todas en general, guiadas por las sabias manos de sus maestras, no fabricarían las artísticas obras y labores de mano, los hermosos tejidos, bordados y ropa blanca, ni tampoco confeccionarían tan exquisitos dulces y tortas que ha soboreado en todo tiempo mucha gente de la ciudad en las grandes celebraciones o en las fiestas íntimas.



La seriedad del edificio mismo inspira respeto y recelos. Su frontera sobria que se abre hacia la calle nada más que por un gran portón que se protege y se vigila adentro con opacas mamparas y ventanillas desconfiadas, ciegas y mudas casi ante el dolor humano que llega desde las calles a pedir contacto con los otros dolores encerrados en esa cárcel, que además se comunica hacia afuera por medio de varias ventanas muy elevadas y acribilladas de barrotes, no da, a quien se le acerca, amistad ni confianza.

Solamente ha tenido buena cara de amiga y de vecina, y aún le hace a veces sus confidencias, con la mansión que tiene al frente, hermosa y engalanada de jardines, parecida a casa de fundo.

Su sólo fachada severa, modesta, sencilla, con parsimonia triste y soñadora de la época colonial, con aspecto de antiquísima, sin un adorno viejo ni un arreglo posterior que trate de aderezarla, inspira respetos y recelos y cualquiera persona al verla, sin tener idea de lo que es, supone que detrás de esas rejas y de esos tornos, que detrás de esas puertas mudas y ciegas y de esas murallas segurísimas se encierra un lugar de trabajo, de regeneración, de paz y de oraciones!

CARABINEROS

Escribir sobre una ciudad, o redactar pequeños bosquejos sobre los temas que ofrece, como son éstos, y no dedicarle siquiera una página a los carabineros, sería una ingratitud muy grande, una falta de comprensión de la utilísima tarea que desempeñan en la sociedad. Sería ser enemigos de ellos el silenciar siquiera la palabra de aprecio y de reconocimiento que se merecen en toda ocasión.

Envueltos en su coraza de valor y de sacrificio, ellos son los ángeles custodios de todos los habitantes. ¿Qué fechorías no cometerían los maleantes, los bandidos, los malvados, los pillos y los enemigos del orden social si no hubiera ese freno que les atemoriza algo?

De pie en el cruzamiento de las calles en la dirección del tránsito de las arterias del centro o en el recorrido de



todas en general, ya de infante o de caballería, ellos son la llave de seguridad de todos los hogares.

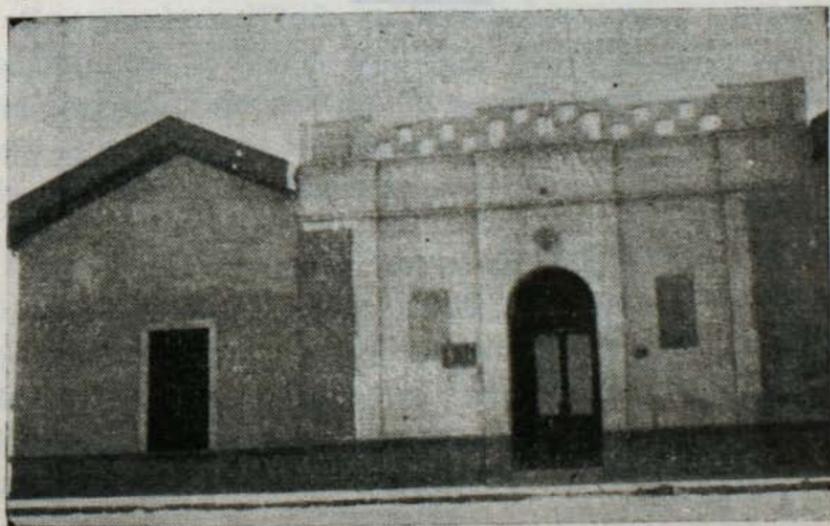
Si bien es cierto que el elemento inferior sufre en los turnos, en la disciplina que es como la madrastra para ellos, en las vigilancias y en todos los pormenores de su trabajo, en cambio goza de un atractivo que casi es de carabineros solamente: mantienen en desasosiego y en revolución constante a la mayoría de las empleadas domésticas... porque el prestigio de sus botones las vuelve locas y a veces ni saben cómo cumplen sus quehaceres: Si la cocinera sirve los guisos salados, crudos o llenos de pelos y moscas; si la sirvienta de mano quebra los platos o se tarda en las calles cuando la mandan al almacén de la esquina o si la niñera deja llorar a la guagua, la remece con rabia y le da sus pellizcones, con toda seguridad es porque están pensando en los hombres

de uniforme... Las páginas idílicas de estos servidores públicos son abundantes, variadas y sabrosas.

Los carabineros han reemplazado a los antiguos guardianes, policiales o «pacos» y con su organización moderna y militarizada desarrollan ahora su obra adaptándose a las necesidades y a las prácticas contemporáneas de vigilancia pública. Pero si su presentación y su educación han variado mucho a su favor, si es otro su color o su silueta, en cambio el alma del carabinero, su esencia, es la misma que del antiguo guardián...

* * *

Ilustramos estas líneas con las fotografías de los edificios que ocupan en esta ciudad los carabineros. La primera de ellas corresponde a la Primera Comisaría, situada en Avenida San Martín; ha sufrido numerosos arreglos hasta que ha quedado en condiciones más o



menos adaptables a las necesidades; es el edificio que ha ocupado desde largos años atrás la policía local y atiende todos los asuntos menudos relacionados con los presos, los denuncios, turnos y cuanta cosa se refiera en particular al servicio de la población.

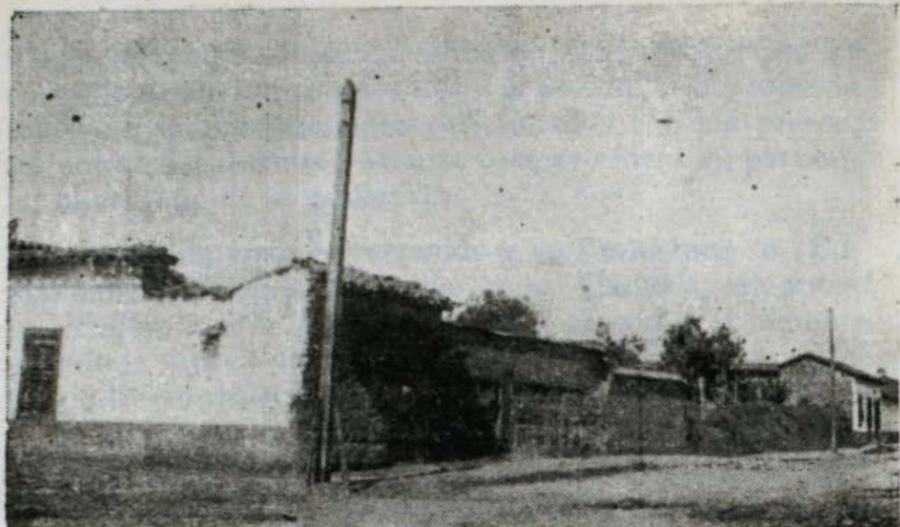
La segunda vista corresponde a la Prefectura o Comandancia Provincial, situada en la Alameda; era antes un edificio viejo que servía de Lazareto a la ciudad, cuando la viruela hacía estragos en todas partes. Ha tenido transformaciones substanciales y del antiguo casarón actualmente conserva apenas el esqueleto; le han lavado y cepillado, le han cambiado el uniforme, la camisa y las botas y le han lustrado desde los piés a la cabeza....



Desde el tren de la Braden

Con un leve silbido se despide la máquina y avanza deslizándose encima de los rieles, obligada por el ritmo del progreso y del triunfo. Va pesada y le cuesta moverse y se supone que los vientres de sus coches lleva llenos de mercancías y de personas.

Al salir de la estación, que es un oasis, al momento se vislumbra, y después se nota mejor, como cambia el panorama de la ciudad si la comparamos con los edificios de la Compañía cuprífera; el contraste es muy grande. Aparecen al desnudo el marasmo prolongado que adormece a sectores de la población y la decadencia de mu-



Desde el tren de la Braden
 chas de sus calles que se hunden y alargan más abajo de
 la línea férrea y desde la ventanilla los que pasan piensan
 que son lechos secos de canales abandonados.

El conjunto de casas tampoco se divisa muy halagador; es humilde y no ofrece colores de poblados modernos ni matices de poblados antiguos que reporten galanura pintoresca y que prestigien a las generaciones pasadas.

Paredes viejas y desteñidas generalmente, murallas que se desmoronan, embigados y formas primitivas con ventanas como agujeros se exhiben sin pudor alguno. Son habitaciones retraídas que se encogen para saborear y vivir su destino y al contemplarlas con la man-



sedumbre silenciosa y modesta en que descansan, se nos figura que están en la posición cruel de beduinos en oraciones eternas.

El cuadro es pobre en atractivos. Y antes era aún peor.

Ultimamente se ha construido al costado sur de la vía y en una extensión de más o menos dos cuerdas, la Población Rubio, con casitas atrayentes y estandarizadas, vestidas de uniforme como muchachas de alguna colonia escolar en veraneo.

Ellas tienden una plumada joven, alegre y viva al paisaje; prestan una emoción optimista al viajante; bo-

rran algo el desgano y le dan un poco de espíritu nuevo a los alrededores de la línea de la Braden.

Y pensar que por ahí viajan muchos extranjeros y empleados en los minerales y la mayoría de las personas que van a pasear a los Baños de Cauquenes.

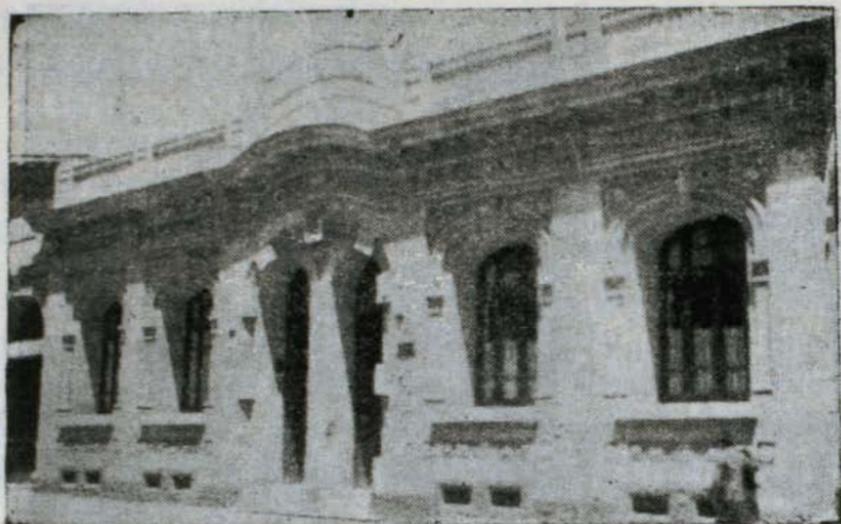
Cuando el trev se despide del suburbio, se aleja hacia arriba siguiendo al corazón de los cerros y entra al campo chileno hermoso, verde y amplio, lo ideal aletea nuevamente en la película frágil y cambiante del cerebro de los que van en el interior de los coches.



LOS SOLITARIOS

Así como a menudo se observa, casualidad o no, la existencia de tres o más edificios juntos, ya nuevos o algo bonitos, sean comerciales o de residencia, de cualquiera forma o estilo, también hay muchos, en todas las calles, que viven solitarios; no es que estén solitarios en absoluto, ya que se acompañan de otras construcciones feas o viejas; pero el hecho de que no tengan vecinos iguales o a la altura de ellos, debe llamárseles con aquel nombre

Estos edificios que carecen de otros parecidos a sus lados viven serios y hasta un poco huraños; viven lo mismo que un niño solo en un hogar, sin hermanitos con quienes divertirse, jugar y esplayarse a sus anchas. Ellos no han sufrido las influencias de la sociabilidad democratizante que hacen relacionarse a todo el mundo y están dotados del espíritu individualista del siglo anterior;

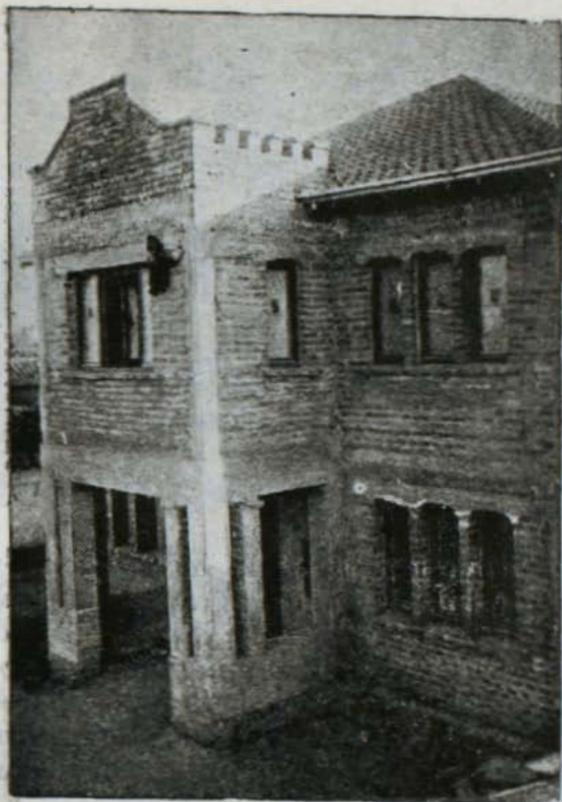


siguen su existencia sin problemas que les moleste y sin hábitos mundanos que les haga intrincadas sus horas.

Es cierto que ya están acostumbrados a verse sólo, ni de menos echan la sociedad con sus semejantes y hasta prefieren existir siempre de ese modo y no cambiar de métodos. Saborean mejor así su propio ambiente, su elegancia y el estirado o petulante concepto que tienen de ellos mismos.

Algunos quieren más bien estar aislados para lucir detalladamente y fragmentariamente las líneas de su arquitectura, sus balcones, sus flores y todos los ornamentos y decorados externos que llaman la atención de la gente que pasa por las calles; así ellos solos atraen las miradas y los pensamientos, sin repartirse ni debilitarse como sucede cuando se juntan varias casas con colores o formas vistosas de última novedad.

Y como les gusta vivir indiferentes, privados de todo contacto y de amistades en la vecindad, ellos no propo-



nen soluciones que aumenten las bellezas decorativas y urbanísticas de la ciudad y, al contrario, impiden que en las casas viejas y en los terrenos eriazos de los lados se levanten construcciones hermosas y agradables; ellos hacen subir el precio de las propiedades vecinas y cuando alguna persona se interesa por edificar en un sitio colindante y averigua los precios... se queda abismada, espantada, arrepentida de toda idea emprendedora y progresista; deja su buena intención y recurre a otras calles y a otros barrios para cumplir sus propósitos: el dueño de



los terrenos que necesitaba le ha pedido un precio exorbitante, fabuloso, casi o más caro que en las mejores avenidas santiaguinas. Piensan, los propietarios de esos antiestéticos artefactos, hacer un gran negocio e intentan sacar tanto dinero como si en esos metros hubiera una mina de oro... sirviéndoles de «palo blanco» esas habitaciones o chalets modernos que viven solitarios...

Y esa es la principal causa de por qué se ven en todos los sectores casas nuevas o buenas que no tienen compañía de varias otras parecidas y, por consiguiente, debido a eso la ciudad es muy floja para cambiar de edificación...

CEMENTERIO N.º 1

Sin darse cuenta, lentamente al través de los años, la ciudad se lo ha ido tragando y lo ha incrustado en su seno, como algo propio e inseparable: es su epílogo y debían estar juntos.

No es que la mansión de los muertos haya ido acercándosele para atemorizarla y para que recuerden a los que ahí llegan, para que piensen y mediten siempre los humanos en el origen y en el fin de la existencia. Nada de eso. Es la ciudad frívola y pecadora de los vivos que, sintiendo los latidos del crecimiento y el ansia de materialización y de dominio, ha llegado hasta ella, arrastrándose con cierto culebreo sacrílego y con cierto temor de niño que ha oído cuentos de ánimas. De esa manera la

ha abrazado, se ha hecho su amiga por todos sus contornos, y le ha levantado un cerco de población opaca.

Seguramente ha querido disipar en sus habitantes esa impresión medrosa de terror y esos pensamientos lóbregos que producen las tumbas y los muertos en el alma de la multitud e intenta que todos se acostumbren con la idea de que hay que morir cuando menos se piensa. Y ha conseguido en parte su objeto, pues ha transformado a su epílogo en un nido que se mece sobre ella con el cordel de las preocupaciones embriagadas en intereses terrenales y cada día se sienten más homogéneas y amalgamadas, igual que el espíritu y la carne en un mismo ser.

Un cronista decía no ha mucho que en Francia los cementerios están situados adentro de las poblaciones mismas o al lado de la iglesia principal, eso sí que ocupan, proporcionalmente a sus habitantes, un área mucho más reducida que los nuestros, y tampoco están recargados de jardines y plantíos que constituyen elementos de adornos indispensables en los Camposantos chilenos. Quieren allá no olvidar tan pronto a los que se van ni tampoco dejarlos en la distancia, y con una parquedad que agrada dan una idea precisa de que ahí están los muertos, de que ese es un lugar sagrado de reposo, severo, triste, tranquilo, solemne, insinuante de pensamientos hondos y provocador de evocaciones y emociones sentimentales.

Rancagua, sin pensarlo talvez, ha podido tener también por su posición un Cementerio al estilo de los franceses, sin carecer de esa poesía de los Cementerios de esta parte de América, de esa poesía en que se asocian admirablemente las flores, los prados, arbustos y árboles frondosos y, en particular, los funerarios cipreses con sus actitudes de Mater Dolorosa.

Lo que no se le ha conseguido en el corazón de la ciudad preocupada y activa, lo alcanzan los muertos en su silencioso retiro...

¡Cuánto no anhelamos los vivos una población tan bien cuidada, tan limpia, tan aireada y con tantos primores de corolas, de verdura y de cantos de avejillas como esa en que se hartan, sin saberlo, los que se fueron al Más Allá...!

* * *

Las vanidades de la ciudad hasta ahí también llegan con sus sortilegios dorados y existen las mismas discordancias que vemos en todas las poblaciones; siempre los resortes de las diferencias, de cualquiera clase que sean, mueven y guían a los seres.

Está allí el barrio antiguo, que fué en otros tiempos



lo mejor, con sepulturas descuidadas, centenarias, agazapadas, bajas y en ruinas, con una sólo fosa en subterráneo, en las cuales las lagartijas y otros insectos encuentran excelente residencia; muchas de ellas están ya olvidadas por las nuevas generaciones y sólo un nombre que huele a desconocido hace ver que descansan en sus sarcófagos uno o varios restos.

Entre sus inscripciones borrosas hay nombres que



quien sabe hoy nadie recuerda; así se lee, apenas, entre algunas planchas: Concepción Molina de N., Pedro J. Zamorano, Pericle Conti, David Aranguiz, Angel Battaglia, Calixto Rodríguez, Juan Moreno, Pedro Melo, Josefa Ramirez de Guzmán, Ramón de la Cuadra, José Farías, Mariano Zúñiga, Carlos Caprioli, Federico González, etc.



Está el barrio moderno y algo elegante con mausoleos de elevadas torres, almenados interiores y estucos que imitan a todas las piedras y a todos los mármoles raros; estilos novedosos y retumbantes de las grandes avenidas y templos, se ven recopilados y reducidos a pequeña escala, porque mayor espacio sobraría: un puñado de polvo o ceniza, que es en lo que vamos a terminar, cabe en pequeño hueco... lo demás es humo y vapor que se vuelan... Nombres conocidos hay colocados en los frontis de esos minúsculos palacetes, por ejemplo, entre otros: Tito Larrarria, Rosa Rivera, Santiago Rubio, Pedro Holman, Marcial Vergara, Elizardo Bravo, Dionisio Valenzuela, Juan de la Cuadra, Francisca Zelada, Ignacio Jiménez, José del R. Marambio, Jorge Rivera, Tristán Ruz, Mercedes Armijo v. de M., Inocencio Romero, Pedro Reynaud, Familia Strodthoff Salamanca, Familia Sinclair, (lo más moderno que ha florecido en el Cementerio N.º 1).



Está el barrio de las clases intermedias, bajo y un poco más humilde y que ha reemplazado al sector pobre de supultras comunes que se ha ido a sitios lejanos, al Cementerio N.º 2. Y alternando con las diversas categorías se levantan los mausoleos de sociedades e instituciones, como el de los bomberos, el de las congregaciones religiosas, el de la Sociedad Bernardo O'Higgins, el de los Carabineros, el de los panaderos y el Recuerdo, en forma de angel, de los que murieron en el tranque de Barahona en 1928.

Por las orillas, talvez con el fin de aislarse un poco de la ciudad jadeante, bochinchera y ruidosa que quiere hurgar y conocer sus misterios e intimidades y familiarizarse con la idea de que no es eterna, ha ido construyendo centenares de nichos: rascacielos liliputienses con mirúsculos departamentos personales y balcones sin luz ni brillo, parapetados y oscuros como los ojos de sus cadáveres y las cuencas de sus calaveras; enorme colmenar donde duermen para siempre las abejas que ya dejaron de latir y de probar néctar en la ilusión de la vida y de fabricar cera y miel en la prosa del destino de cada uno...

En el misterio de esa ciudad santa, se borran todas las inquietudes humanas y debieran también borrarse las vanidades que a todos nos subyugan, cual más cual menos: locos, necios o cuerdos... Ante la Muerte y ante el Supremo Hacedor, la igualdad es absoluta.



Rancagua, sin intentarlo quizá, se incrustó en su seno su mejor barrio, el barrio que es un poema sangrando verdad eterna. Lo rodeó y lo abrazó con un marco de

construcciones vulgares Ese su Cementerio es como una perla real, legítima, cristalizada en tradiciones y recuerdos familiares, engastada en el oropel y en las pedrerías falsas y siempre cambiantes de la ciudad...

Rancagua en Brumas

Este es un artículo pesimista.

Lo es porque así se colorea la impresión que el aspecto material y general de esta ciudad graba en la mente de las personas que llegan de otras partes. Se entiende que no nos referimos a los que vienen de Doñihue, Lo Miranda, Graneros, Requínoa o Machalí o de las haciendas y fundos vecinos, sino a gente que conoce y ha palpado en ciudades progresistas todo el refinamiento y las comodidades que brindan las culebrillas de la evolución colocadas en manos de personajes entusiastas y trabajadores.

Supongamos que llegan en ferrocarril y al mirar por el ventanillo, al acercarse el tren, a semi-vuelo de pájaro,

la primera idea que se forma es borrosa, llena de interrogaciones, peor aún si ya se viene predispuesto a causa de opiniones desfavorables oídas en más de una ocasión. La ciudad no saluda desde lejos a las visitas con su cuadrilátero abigarrado y casi hundido en el que halla colocación un hacinamiento de edificios donde dominan, como signo de estagnación colonial, los techos rojizos de tejas; tampoco tienden su mano para dar la bienvenida las calles que logran delinearse ante la vista un tanto apesurada del viajero. Con ese panorama al frente y en el que luego se va a actuar, no se tejen en el pensamiento muy optimistas perspectivas y el espíritu ya se desanima y siente que un escozor le hiere la epidermis de su cultura.

El tren se detiene y la Estación no suaviza ese pequeño rencor que se tomó a Rancagua. Mucha gente vacían los coches y otra tanta sube a ellos y en el andén hay marcado revoloteo de personas que se pasean y de otras que atisban por si ven llegar a quien esperan, dando así la idea de Estación de campamento salitrero o minero en activas ebulliciones monetarias.

Un poco desorientado el visitante da una mirada en rededor y con pena se da cuenta que no se deshilachá la red desalentadora que lo ha envuelto.

La puerta de calle de la ciudad tampoco se presta para recibir al forastero.

Como su programa está en principio apenas, se adelanta por el pasadizo y visitando la localidad continúa recibiendo la misma vista pesada y gris que se enfocara minutos antes en su mente. Ve que unas pocas calles y pedazos de otras sólo han recibido pavimentación y que muchas de las vías restantes carecen de arreglos y que



otras, parodiando a los canales de Venecia, tienen en invierno grandes espacios llenos de agua y barro; cambiando en el verano la decoración con la tierra suelta que se levanta en nubes. (Actualmente la Municipalidad ha elaborado un programa más amplio de pavimentación y varias otras calles recibirán arreglos iguales o parecidos a la parte central).

* * *

Entrando a la ciudad en carruaje, se nota mejor el abandono y el atraso que sufren muchas vías urbanas, pues los caminos son a veces excelentes o reciben constantes cuidados y arreglos que facilitan el tráfico y las comunicaciones de un punto a otro. El contraste es demasiado notable y quisiéramos ver tendidas en todo Ran-

cagua algunas de esas carreteras rurales cada día en renovación.

En asunto de veredas no quedamos mejor parados frente al viajero; saliendo de las calles principales encontramos grandes trechos, cuadras íntegras a menudo, en que ni una modesta solera limita a la calzada del espacio en que transitan los peatones y otras tienen un mal empedrado.

Seguramente las autoridades pretéritas se lo llevaban en las oficinas, miraban la ciudad desde la plaza y paseaban desde la plaza a la estación y desde la plaza a sus domicilios. Creerían ahí terminado su trabajo edilicio y lo que más les interesaba era tener y ostentar vanidosamente el título de autoridad...

Respecto a edificación, tampoco nos conquistamos las simpatías del que recién llega, porque en general el caserío de la ciudad está formado por vetustas construcciones heredadas de antaño, feas, incómodas, chatas, aburridas en su modestia de un piso. Una que otra, sobre todo en las calles centrales y de residencias, ya de las antiguas o nuevas, tienen cierto estilo arquitectónico y cierto empuje que las hace distinguirse de las demás.

Si en edificios particulares no hay mucho que sobresalga, en edificios públicos sucede la misma cosa. Varias de las oficinas principales, como Municipio, Tesorería, Prefectura, Liceos y Escuelas funcionan en locales viejos o anticuados para la elevada labor que desempeñan.

Ni los incendios contribuyen siquiera al hermoseamiento de la ciudad, destruyendo tantos vejesterios para que pueda algún día levantarse un conjunto honroso en todas las calles. En otras ciudades los incendios son

cómplices del progreso, son la vanguardia; aquí tales hecatombes son enemigas del progreso, pues se han llevado a menudo buenas construcciones.

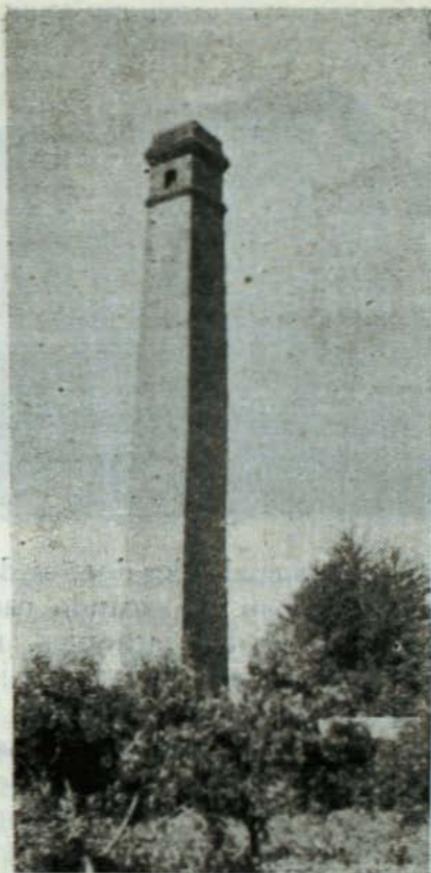
Hastada la vista de tanta mediocridad, trata de disipar su idea y busca los paseos y sitios públicos que adornen la ciudad y le quiten su prosaica y casi colonial presentación. Pero es inútil. Dejando a un lado la Plaza de los Héroes, no encuentra otros sitios, ya sea un Parque o una Avenida, que reúnan a la vez que la amplitud, la hermosura, el arreglo, el arte y la comodidad y que estén coronados de elegantes residencias; otra extensión en que el urbanismo bien entendido brote y se expanda en simpáticas manifestaciones, a donde la población concorra a distraerse y a purificar sus pulmones en los ratos de ocio. No comprenderá, seguramente, como los rancagüinos se asfixian paseando nada más que en la Plaza y en su calle comercial. Las otras plazuelas le llamarán la atención sólo porque son espacios llenos de verdor.

El visitante en ninguna parte ve algo pintoresco, algo novedoso que tenga sabor local o regional, algo que llame la atención del que viaja con espíritu y entusiasmo de turista. No halla nada que denote la influencia de personajes cultos y batalladores de otros tiempos o contemporáneos; ni rincones y sitios evocadores con decoraciones naturales que muchas veces significan adornos y centros de atracción para el extraño; ni estatuas que rememoren a algún hijo ilustre o representativo de la ciudad o a algún filántropo o Mecenas a quien se le deban grandes servicios.

Solamente la Plaza con su prestigio histórico y la estatua de O'Higgins brillan como estrellas en el cielo rancagüino. También la torre de la Primera Compañía

de Bomberos atrae por su altura y porque es como un apéndice de la población que huele a las nubes; la torre de La Merced, por haber servido al gran patriota de mirador, llama a que la observen. La Intendencia, una que otra casa-habitación de reciente hechura y algunas casas de la calle del comercio nuevas y más allá las oficinas y maestranzas de la Braden tienden atrayentes puntos desprovistos de criollismo.

Por ese concepto brumoso que produce materialmente Rancagua en la retina del que recién llega, es que este artículo, como un apunte peliculero y rápido, es pesimista...



Alrededores de Rancagua

¿Son bonitos los alrededores de Rancagua? Lo son bastante, en especial en sus bellezas naturales y en la exuberancia del terreno, ya que su fundador eligió una de las campiñas más fértiles para levantar la ciudad, regada por el Cachapoal y por los varios esteros que le



quedan al norte, de los cuales los dueños de fundos y de haciendas poco a poco han ido sacando canales que se dividen después en una red de acequias, más delgadas mientras más se retiran de la boca toma, igual al aparato circulatorio de la sangre. Esas acequias llegan a todos los predios, chicos o grandes, así es que no hay pulgada de terreno al que no llegue la bendición del agua y por este motivo todo se cultiva y se ve siempre en todas partes, particularmente en primavera y verano, un panorama verdegueante.

Pero, si son ricos en cultivo los alrededores, son pobres, en cambio, en industrias manufactureras, lo que demuestra un poco la falta de espíritu emprendedor y de asociación entre los habitantes que disponen de algo de dinero y de educación. Fué una gran lástima y una gran pérdida para Rancagua la extinción de dos establecimientos que contribuían enormemente a su progreso: la Fábrica de Vidrios y la Fábrica de Conservas. La primera fué trasladada de aquí a causa de los conflictos obre-



roz que recién empezaban a brotar en Chile y de la que queda el recuerdo en esa chimenea de ladrillos, firme como una lápida, alta como una flecha y llamativa como un signo de interrogación. La segunda la mantuvo por muchos años, fué fundada en 1898, el prestigioso y emprendedor industrial rancagüino don Juan N. Rubio; obtuvo premios en exposiciones nacionales y extranjeras y sus productos se conocían en todo Chile y en muchos otros países. Con la desaparición de su propietario se pulverizó también la Fábrica y sus valiosas maquinarias y demás utensilios fueron rematados como trastos viejos, y aún ni así hubo muchos interesados...

Los diversos molinos que hay en las cercanías mantienen un poco el prestigio industrial de la región, además de algunos establecimientos de poco alcance que generalmente surten las necesidades locales con sus manufacturas. Faltan grandes fábricas, talleres o maestranzas que llenen las necesidades del país y que exporten su producción sobrante. La industria agrícola con sus



aliadas: la ganadería y la arboricultura, esta última con ampliaciones valiosas en el cultivo del manzano, del durazno, de los viñedos, etc., también nos dan a conocer un poco fuera de nuestros límites.

Los grandes establecimientos de la Braden Copper, aunque pertenecen a Rancagua y ayudan enormemente a su riqueza y a su desarrollo, son como una actividad separada, no debida al esfuerzo esencialmente local, y bien se merecen no un artículo especial, sino un libro esplayadamente ilustrado.

Acompañamos este artículo con algunas vistas de puntos de los alrededores de la ciudad que tienen algún sello típico de belleza o de atracción que les hace sobresalir en medio de la monotonía, de la uniformidad o de la modestia que a veces se nota en la habitación campesina y en el paisaje chileno, vistas que el ojo del lente pudo atraer a la red de sus pestañas para colocar un broche a esta pequeña narración.

INDICE

	PÁO.
Proemio	5
El Escudo de la Ciudad	7
El Monumento	9
La Casa de la Pilastra de Piedra	13
Escaño de los Enamorados	19
El Palacio Consistorial	23
La Acequia Grande.....	27
Los Edificios son Sociables.....	33
Plazuela de San Francisco	39
La Poesía del Alcantarillado	43
Los Liceos.....	45
La Torre de la Merced	51
Tonalidades del Cierre del Comercio	55
El Cuartel de la Segunda	59
Hospital de San Juan de Dios.. ..	63
Los Castaños de la Plaza.....	67
Instituto O'Higgins	71
La Estación.....	75
Plazuela de la Merced	79
El Mercado.....	81
La Catedral.....	85
Escuela Superior de Niñas	87
Calle Independencia.....	91
Flores del Pasado	95
La Alameda.	99
La Braden	103

Plaza de los Héroes.. .. .	107
Torre Bomberil.....	111
Cuadra Musical	115
Palacio de la Intendencia	119
Templo de San Francisco	123
Plazuela Argentina	127
Las Esquinas Enjoyadas	131
El Buen Pastor	137
Carabineros	141
Desde el Tren de la Braden	145
Los Solitarios.....	149
Cementerio N.º 1	153
Raucagua en Brumas	161
Alrededores de Raucagua	167

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL
